



El arte de descansar

A vueltas con la interculturalidad

Todos necesitamos una sala de lágrimas



Curso Sistemático de **Formadores**

XII EDICIÓN
Modalidad B learning

**Del 18 de agosto
al 28 de noviembre de 2025**

Proyecto Cruces, iniciativa de los Misioneros del Espíritu Santo, les invita a participar en la XII Edición del Curso Sistemático para Formadores (CSF), dirigido a religiosas, religiosos y sacerdotes que se desempeñan en el ministerio de la formación o que están en el proceso de habilitarse para el acompañamiento formativo de hermanas, hermanos y seminaristas.

El CSF es un espacio de capacitación y acompañamiento para los formadores, de carácter teórico y práctico, que habilita para desarrollar la labor formativa en el marco de los grandes desafíos actuales tanto para la formación para la vida religiosa como para la formación presbiteral desde una perspectiva sinodal e interdisciplinar.

El CSF consta de 15 módulos con tres ejes articuladores: la identidad del formador, la formación en condiciones culturales de incertidumbre y la revisión y replanteamiento de prácticas formativas.

Además se ofrece acompañamiento personal semanal para afianzar el proceso del formador. Se ofrece en la modalidad B Learning: 12 semanas a distancia y las últimas tres semanas presenciales en CRUCES, Ciudad de México.

Inversión: 2,300 USD (no incluye el hospedaje de las semanas presenciales). El pago puede realizarse en dos parcialidades.

Contacto

<https://wa.link/dvpp97>

Inscripciones

<https://bit.ly/Formadores25>



cruces
CAMINOS DE TRANSFORMACIÓN



MISSIONEROS DEL
ESPÍRITU SANTO

proyectocruces.com

CARTA DEL DIRECTOR

Gonzalo Fernández Sanz

DIRECTOR DE VIDA RELIGIOSA

MENOS ES MÁS

En el hemisferio norte, julio suele ser el mes propicio para ejercicios espirituales, capítulos, encuentros formativos, cursos de verano, campamentos, experiencias misioneras, servicios de voluntariado, aprendizaje de lenguas, peregrinaciones y asambleas de todo tipo. Podríamos decir que julio es el mes *sinodal* por excelencia porque “nos ponemos en camino con otros” para cultivar nuestra vocación de personas consagradas.

Existe un riesgo comprobado de obesidad formativa, pero pesa más la oportunidad de pararse, escuchar, compartir, formarse y ensanchar la mente y el corazón. Las personas consagradas disponemos de recursos que no son habituales en los laicos o incluso en los ministros ordenados. Nuestra organización comunitaria y a menudo nuestra presencia internacional nos permite disponer de tiempos, espacios y medios materiales para cultivar la formación permanente. Es una bendición que debemos agradecer y aprovechar para crecer juntos y abordar en profundidad cuestiones relativas a nuestra vocación y misión que exigen tiempo y sosiego. El riesgo es acumular demasiadas iniciativas como quien colecciona mariposas, sin tiempo ni ganas para asimilarlas en profundidad.

A menudo en este terreno de la formación permanente es válido el principio de que “menos es más”. No se trata de atiborrarnos de “experiencias” (como se decía en un tiempo), sino de escoger aquellas iniciativas que son más conducentes al fin de nuestra vida consagrada, a nuestra edad y a nuestras necesidades específicas. Para ello no es necesario hacer grandes dispendios económicos (viajes, lugares exóticos, ponentes muy cualificados, etc.). Las verdaderas transformaciones personales se producen más por irradiación, por contagio, que por acumulación de propuestas. Por eso, la cuestión no es cómo vamos a rellenar el verano con muchas iniciativas, sino, más bien, con qué personas o comunidades podemos entrar en contacto para enriquecernos con la autenticidad de su vida cristiana y con la fuerza de su testimonio.

En este año jubilar muchas comunidades y congregaciones han organizado peregrinaciones a Roma o a otros lugares (iglesias, santuarios, etc.) señalados por las distintas diócesis. Estas peregrinaciones, si se preparan a fondo y no se reducen a meros paseos turísticos, pueden ser una excelente oportunidad para unirnos a la Iglesia universal y particular, para conocer comunidades vivas y para profundizar en la

esperanza que no defrauda. Si algo necesita hoy la vida consagrada, en un contexto de disminución y fragilidad, es precisamente descubrir que Cristo es la razón última de nuestra esperanza. Sin reavivar esta honda experiencia espiritual no es posible vivir la actual coyuntura con serenidad y alegría.

¿Cómo se cultiva la esperanza?
¿Cómo podemos ayudarnos unos a otros a no sucumbir al pesimismo y al desánimo? La tentación es reproducir el modelo consumista que nos ofrece la sociedad. Por eso, corremos el riesgo de multiplicar las iniciativas de formación para rellenar los vacíos de una vida anodina. Necesitamos sentir que “estamos haciendo algo”, que no nos abandonamos a la inercia de una vida consagrada en caída libre. Pero este camino es engañoso porque nos entretiene, nos ocupa, pero no nos nutre. Lo que necesitamos es una drástica dieta de productos formativos ultraprocesados. Ese ayuno nos ayudará a curar la obesidad formativa y nos permitirá dedicar más tiempo a viajar de la distracción en la que podemos estar viviendo al centro de

nuestra experiencia vocacional. Este viaje espiritual pasa por tiempos prolongados de desconexión digital, silencio, lectura sosegada, oración compartida y diálogo sin filtros. Ninguno de estos ingredientes exige grandes dispendios.

Cuando huimos del silencio, incluso del aburrimiento, cuando programamos al detalle los llamados “tiempos libres o de descanso”, no dejamos espacio para las preguntas, las búsquedas y las sorpresas. En consecuencia, no avanzamos. Menos programación puede significar más apertura a lo nuevo, a lo inesperado. Quizás el verano es una oportunidad para dejar de tener todo bajo control y experimentar que el flujo de la vida nos hace desembocar, a veces, en ríos inexplorados. Son a menudo estos ríos que no figuraban en nuestro mapa personal los que nos proporcionan el agua viva que necesitamos para no ahogarnos en la rutina y la mediocridad. **VR**

Nuestra portada

Las mieses están maduras. Es tiempo de cosecha. No importa que con el trigo dorado se mezclen algunas cizañas indeseadas. Nuestra tarea no es separar precipitadamente porque corremos el riesgo de confundirnos. Estamos llamados a segar y agradecer los frutos recogidos. “Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares”. En medio de tantos indicadores de pesimismo y desánimo, la vida consagrada tiene una particular sensibilidad para detectar y celebrar los signos del Espíritu en la gran mies de nuestro tiempo.

VR vida religiosa
JULIO-SEPTIEMBRE 2025 N.º 7 vol. 139





4

Historias menudas jubilares:

Una soriana de altos vuelos
Mariano José Sedano

5

Experiencias:

Peregrinos de esperanza
Carlos Verga

10

Observatorio de humanidad:

¿Han oído hablar del Labubu?
Valentina Stilo

11

Reflexión:

Entra en mi descanso
Paula Jordão

20

Hablando en dialecto:

Suelta tu viejo relato
Dolores Aleixandre

21

Retiro:

«Mi presencia irá contigo, y te daré descanso»
(Ex 33,14)
M. Elena Díaz Muriel



29

Algo está brotando:

Atravernos al ridículo
Miguel Márquez

30

Entrevista a:

Adela Cortina y Jesus Conill
Ignacio Virgillito

36

Ecos del claustro:

¿Qué formación necesitamos?
M^a Pilar Avellaneda

37

Herramientas para la vida comunitaria:

Nuestro álbum existencial. A vueltas con la interculturalidad
Manuel Ogalla

40

Institutos de vida consagrada:

Hijas de Cristo Rey
Patricia Suárez

43

Actualidad:

Curso de verano para seminaristas
M^a José Tuñón

46

Desde Oriente:

Todos necesitamos una sala de lágrimas
Paulson Veliyanloor

47

Rincón cultural:

Una secreta simetría: el "ánima" oculta de Jung
Libro: *La fe de Tolkien. Biografía espiritual*
Pedro M. Sarmiento

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos).

Director: Gonzalo Fernández Sanz.

Subdirector: Adrián de Prado Postigo.

Consejo de Redacción: Antonio Bellella, Luis A. Gonzalo Díez, Antonio S. Orantos, Samuel Sueiro, José Cristo Rey García Paredes, Anthony Igboke, Ignacio Virgillito, María Piedad Amigo, Lourdes Perramon, Pedro M. Sarmiento.

Depósito Legal: M2.5821.958 ISSN: 02119749

Maquetación y diseño: Verónica Navarro, M^a Ángeles González, Araceli López-Pastor, Pedro M. Sarmiento.

Foto de portada: Pixabay. Imprime: Din Impresores.

Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 WhatsApp: +34 676 25 67 05

email: secretaria@vidareligiosa.es

Suscripciones: Tel.: 915 401 238

email: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 65 euros (IVA incluido).

Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 95 euros ó 103\$ USD.

Otras naciones: 68 euros ó 73\$ USD.

Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

HISTORIAS MENUDAS JUBILARES



Una soriana de altos vuelos

Mariano Sedano


MISIONERO CLARETIANO (SAN PETERSBURGO, RUSIA)

Toda su vida (1602-1665) transcurrirá en Ágreda, tierras de Soria y puente hacia Navarra y Aragón. Lleva su villa –que hará célebre mundialmente– hasta en el nombre: María de Jesús Ágreda. Desde niña la belleza de Dios le enamora y recibe dones del cielo. Tantos, que el obispo Yepes, confesor y biógrafo de Teresa de Jesús, la confirma a los 4 años. A los 6 recibe la comunión y a los 8 consagra su virginidad a Dios. En 1615 sus padres deciden convertir su morada en monasterio. Los dos hermanos varones ya eran franciscanos. El padre se unirá a ellos como hermano. La madre y las dos hijas siguen en su casa, convertida en monasterio dedicado a la Inmaculada. El 13 de enero de 1619 las tres toman el hábito concepcionista (blanco, con capa azul).

María es asaltada a menudo por arrobamientos, levitaciones y éxtasis. Son regalos de Jesús, pero se siente mal y le pide que cesen. Jesús se lo concede. Pero le abre el corazón a la misión universal. María lo cuenta así: *“un día nuestro Señor me mostró la multitud de almas, y cuán pocas que entrasen por la puerta del bautismo a ser hijos de la santa Iglesia. Se me dividía el corazón al ver que la redención no cayese sino sobre tan pocos. (...) Y me declaró que la parte que tenían mejor disposición para convertirse eran los del Nuevo México (...)”. Esto movió mi ánimo a*

clamar de lo íntimo de mi alma por aquellas almas”.

Su clamor se troca en bilocación. Es 1622 y María cuenta 20 primaveras. Hasta 1625, cuando cesan estos fenómenos, los ángeles la llevan, desde Ágreda a Nuevo México, al menos 500 veces, según sus declaraciones. Unas 14 veces al mes de vuelo transoceánico. Los indígenas la llaman “la Dama de azul”, por su manto concepcionista. Predica a todos en sus lenguas locales.

Ya había franciscanos allí con dificultades para administrar el bautismo. De repente, comienzan a llegar muchos desde lejos, con cruces en las manos, a pedir el bautismo. Ya conocen las verdades de la fe y ¡hasta las oraciones en latín! Todos hablan de una “dama de azul” que les visita y les ha instruido en la fe. El fenómeno se hace famoso y causa estupor allende y aquende la mar oceánica. Los superiores de la Orden investigan. Las pistas llevan a Ágreda. Allí comprueban la veracidad de tales fenómenos. La “dama de azul” no es otra que María de Jesús Ágreda. La Inquisición toma cartas en el asunto. En los años 1631 y 1650 –año santo, por cierto– realizará en Ágreda sendos procesos sobre estos hechos, confirmando su verosimilitud. La monja nunca ha salido de Ágreda, pero muchos la han visto como “dama de azul” misionera en América. ¡Menuda historia!, ¿eh? 

EXPERIENCIAS



La familia claretiana junto a los jóvenes rumbo al Jubileo 2025

Peregrinos de esperanza

Del 28 de julio al 3 de agosto se celebrará el Jubileo de los Jóvenes. Muchos chicos y chicas de todo el mundo se darán cita en Roma. Son numerosos los institutos de vida consagrada que acompañan a estos jóvenes en su peregrinación.

El responsable general de la Pastoral Juvenil de los Misioneros Claretianos comparte con VR algunas experiencias en varias regiones del mundo.

Carlos Verga, CMF

PREFECTO DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL, ROMA (ITALIA)

Con el reino de Dios pasa como con un hombre que echa semilla en la tierra: duerma o se levante, de noche o de día, la semilla germina y crece sin que él sepa cómo” (Mc 4,26-27).

Cuando la semilla crece en silencio

A veces Dios obra en nuestras vidas como susurrando a nuestros corazones. Lo que Él hace en nosotros y en el mundo crece en lo escondido, sin alardes ni certezas absolutas. Y en muchas comunidades juveniles confiadas a la animación pastoral de la familia claretiana esa semilla está creciendo. En África, América, Asia y Europa, esa semilla crece. Y nuestra vida de consagrados, consagradas y laicos claretianos, cuando se hace humilde y se deja tocar por los jóvenes, descubre que a ella también le brotan tallos nuevos, preguntas renovadas, alegría compartida.

El Jubileo de los Jóvenes convocado por el papa Francisco para julio de 2025 nos encontró en camino. No solo hacia Roma. En camino hacia los jóvenes, hacia sus búsquedas, hacia ese Reino que se siembra y que crece, aunque no sepamos cómo. Como familia claretiana, y a través de la red *Claret Way*, lo estamos viviendo no como un evento, sino como un proceso que ya está en marcha. Y que, como la semilla del Evangelio, crece por dentro, por debajo, en silencio... pero crece.

Lisboa: un punto de partida

La Jornada Mundial de la Juventud en Lisboa 2023, y el encuentro claretiano que la precedió en Sintra, fueron un punto de inflexión. Jóvenes de todos los continentes, acompañados por consagrados, consagradas y laicos claretianos, nos encontramos por primera vez como red internacio-

nal. Rezamos, bailamos, cantamos, caminamos juntos, escuchamos las llamadas de Dios y su Palabra, compartimos alegrías y esperanzas. Fue más que un encuentro: fue una experiencia de fuego compartido, de reconocimiento mutuo, de carisma hecho cuerpo joven.

Recuerdo a un joven de Sri Lanka que, al compartir su testimonio, dijo: “Aquí entendí que mi fe no está sola, que hay otros que arden como yo”. No lo dijo con euforia, sino con calma, como quien ha descubierto un fuego nuevo que ya no lo va a dejar igual. Estas pequeñas confesiones son, quizás, lo más valioso que nos llevamos: el rostro de una Iglesia joven que no necesita adornos para arder.

A partir de allí, en algunos contextos geográficos, comenzó algo nuevo, mientras que en otros ambientes y latitudes se convirtió en un hito a partir del cual recomenzar. Los equipos continentales de PJV se organizaron o reorganizaron; y nuestra presencia de adultos y consagrados, lejos de situarse en un rol de meros organizadores, optó por estar, por escuchar y acompañar. De a poco, la red va tomando forma no solo en estructuras o plataformas de evangelización juvenil, sino en vínculos reales, donde tanto los jóvenes como los consagrados, consagradas y laicos de la familia claretiana caminamos juntos sin prisas ni fórmulas.

Una red que peregrina

El lema del Jubileo –Peregrinos de esperanza– se volvió inspiración y consigna. Desde comienzos de 2024, el “Equipo Timón” encargado de la preparación del evento en Roma comenzó a ofrecer un itinerario con materiales de formación, propuestas orantes, encuentros *online*, retiros presenciales y motivaciones pastorales.



En esta misma perspectiva, la prefectura general de PJV organizó un encuentro virtual con los misioneros claretianos en formación inicial de Nigeria en enero de 2025. El espacio incluyó momentos de oración, reflexión compartida sobre el lema jubilar y los jóvenes, así como un momento de discernimiento comunitario a partir de las realidades del país. Para varios de ellos, fue una manera concreta de empezar a vivir el Jubileo sin moverse de casa. Porque peregrinar es también una actitud del corazón.

La propuesta “ARDE”, nacida en Madrid como un espacio mensual de oración juvenil en clave claretiana, es otro de los signos. Jóvenes universitarios se reúnen para orar ante Jesús Sacramentado, para compartir la Palabra y sostenerse en comunidad. Sin espectáculo, sin producción masiva. Solo con fe, con ganas y presencia. Allí también la semilla crece.

Peregrinar no es solo trasladarse. Es despojarse de certezas, escuchar los propios silencios, dejar espacio

para el otro. Es dejar que el camino nos cambie. Y en ese sentido, los jóvenes nos están enseñando mucho: su manera de vivir la fe, de buscar, de confiar en la comunidad, nos desinstala y renueva.

Voces que brotan desde abajo

Las experiencias se multiplican: en Guayaquil, jóvenes en contextos de vulnerabilidad social se reúnen para compartir la vida, el pan y la Palabra. En el Chocó colombiano, jóvenes afrodescendientes encuentran en Uniclaretiana una comunidad donde pensar su futuro y su fe. En Franceville, Gabón, la pastoral juvenil universitaria busca espacios de libertad para celebrar la fe en contextos que no siempre la facilitan.

En Bangalore y Chennai, India, el festival juvenil claretiano de la red *Claret Way* fue una expresión vibrante de cultura, fe y misión en un contexto de minoría cristiana. Lo mismo podemos decir de los encuentros en Meghalaya y Kolkata con jóvenes in-

dígenas de la India. En las parroquias de Sri Lanka, comienzan a florecer los grupos locales de la Red. En Corea del Sur, Vietnam y Japón, pequeños círculos de oración resisten el anonimato urbano. En los Estados Unidos, la pastoral con universitarios en Fresno y Springfield ha dado lugar a espacios semanales de adoración, estudio bíblico y compromiso social. Lo mismo sucede en el Centro de Pastoral Universitaria “El Tambo” de Córdoba, en Argentina.

En Europa, las parroquias claretianas de Wroclaw y Schpaichingen, así como los colegios mayores universitarios en Lisboa, Madrid y Pamplona, entre otros, apuestan por el acompañamiento cercano. Tratando de que allí donde un joven pregunta, duda, se anima a caminar, se encuentre con una comunidad que no responde con recetas, sino con presencia.

En uno de los encuentros, un joven universitario decía: “No sé si llegaré a Roma, pero ya me siento parte de algo más grande”. Esa frase sencilla resume lo que estamos viendo: los jóvenes no esperan respuestas cerradas, sino vínculos reales.

Nos dejamos interpelar como consagrados y consagradas

En todas estas experiencias, son los jóvenes quienes han tenido y tienen el protagonismo. Para nosotros, como consagrados, consagradas y laicos de la familia claretiana, quizá eso sea lo más valioso. No se trata de brillar, sino de estar. De acompañar sin invadir, de caminar sin empujar, de escuchar sin imponer. Acompañar y acompasar el crecimiento de los jóvenes como hace el sembrador que siembra una semilla: cuidando la tierra, esperando el tiempo, confiando en el Misterio.

Caminar con jóvenes no solo renueva nuestro lenguaje. Renueva también nuestra consagración. Nos invita a salir del rol de guías para convertirnos en compañeros. A cambiar el “yo tengo algo que darte” por el “tenemos algo que descubrir juntos”.

Consagrados, consagradas y laicos claretianos hemos asumido ese papel con humildad. Algunos como animadores, otros, como simples testigos. Y en ese acompañar, también nosotros nos dejamos transformar. Porque caminar con jóvenes no es





una estrategia pastoral: es una experiencia espiritual.

Lo que brota en estos procesos no siempre es visible. Pero está. Y crece. La escucha, la amistad, el discernimiento compartido, la búsqueda vocacional, la oración... son tierra buena. Allí donde la vida consagrada se hace compañera, los frutos no tardan en llegar.

Roma no es el final

Cuando el Jubileo termine, vendrá lo más importante: el regreso. Volver cada uno a sus lugares con el corazón encendido. Y allí, otra vez, nuestra vida de adultos consagrados, consagradas y laicos claretianos tendrá nuevas tareas de las cuales aprender junto con los jóvenes. Un lugar al cual volver para recordar. Una comunidad donde crecer. Un testigo con quien compartir el pan, la solidaridad y la fe.


Por eso, más allá de las peregrinaciones y los actos litúrgicos, lo que se está tejiendo es mucho más profundo. Es una red de relaciones, de búsquedas, de vidas entrelazadas. Es un modo de ser Iglesia con los jóvenes como protagonistas, no como simples

destinatarios de nuestros programas. Una forma de misión en salida donde nosotros, los adultos que los acompañamos, también peregrinamos.

Peregrinos, sembradores y testigos

Somos peregrinos. Pero también sembradores. Y a veces, simplemente testigos del crecimiento. Como en la parábola de Marcos, la semilla germina aunque no sepamos cómo. Nuestra tarea no es producir resultados, sino confiar en el Reino, esperar los brotes, cuidar lo pequeño.

Caminar con jóvenes hoy es abrirnos al asombro. Es aceptar que el Reino se parece más a un proceso que a un plan. Es volver a poner el oído en la tierra y el corazón en el Espíritu.

Y ahí, entre preguntas y cantos, entre dudas y pasos inciertos, nuestra vida de consagrados, consagradas y laicos claretianos sigue siendo una buena noticia que compartimos mientras vamos de camino con los jóvenes. No porque tengamos muchas certezas, sino porque somos capaces de amar, de acompañar y de arder junto a otros. 



¿Han oído hablar del Labubu?

Valentina Stilo

FRATERNIDAD MISIONERA VERBUM DEI. ROMA (ITALIA)

Yo lo descubrí por casualidad, o mejor dicho, debería decir, la descubrí, porque es hembra. Unos días después de la muerte del papa Francisco, cuando muchos de nosotros hacíamos cola durante horas para la última despedida, leí que en Milán se había lanzado un nuevo modelo de Labubu y que mucha gente había hecho hasta siete horas de cola para conseguirlo. Me quedé escandalizada... ¡Cada uno hace las colas que quiere, me diréis! Sí, cada uno invierte su tiempo en lo que le importa. Pero mi actitud moralista –y no digo que no debamos evaluar y sopesar en qué y cómo invertimos nuestro tiempo– me llevaba a cerrar el tema demasiado rápidamente, poniéndole encima una etiqueta: isuperficialidad y consumismo!

Sin embargo, unos días después, Labubu seguía poblando mi imaginación y planteándome preguntas. Así que me puse a buscar más información: se trata de uno de los personajes de la colección de muñecos “The Monsters”, creados por el diseñador hongkonés y holandés Kasing Lung, inspirado en el folclore nórdico, y producidos por la empresa china Pop Mart. Labubu es la única hembra del grupo de los Monsters (Mokoko, Pato, Spooky, Tycoco, su novio esquelético) y es un cruce entre un duende y un osito de peluche, con una expresión entre la risa sardónica y la mirada juguetona, la sonrisa y la agresividad

–muestra bien sus afilados dientes superiores–, la mansedumbre y la ira. Pop Mart vende Labubu aprovechando la curiosidad que sentimos cuando apostamos, a través de un dispositivo comercial llamado *blind box*: básicamente, si eres coleccionista y buscas una versión específica de Labubu, tu tensión/atención se mantiene por la posibilidad de fracasar. De hecho, cuando entras en la tienda –¡y no es seguro que lo consigas!– y compras la *blind box*, puede que te toque un Labubu que ya tenías... entonces la búsqueda debe comenzar de nuevo.

Labubu me parece una imagen increíble de la complejidad y la ambigüedad que caracteriza nuestras vidas, su búsqueda febril, signo de nuestra necesidad de identidades subsidiarias. Hija del norte de Europa y del sur de China, del oeste y del este, del mundo natural y de la mitología, femenina, multiforme, transmite emociones opuestas. ¿Qué les decimos nosotros, los cristianos, los consagrados, a los jóvenes de Labubu? ¿Podemos no dejarnos detener por nuestro justo moralismo, por la honesta conciencia de un mercado que nos utiliza, y preguntarnos cómo anunciar a Jesús, imagen bellísima de una complejidad reconciliada, Dios y ser humano, a nuestros contemporáneos? 





Entra en mi descanso

Cada vez se habla más de la necesidad de descansar en las sociedades de la prisa. En muchas personas –incluidas las consagradas– hay un anhelo de vacaciones y de tiempo libre, pero no siempre este “ocio” es un descanso auténtico porque a menudo sucumbe a la tentación del “negocio”. Paula Jordão nos ayuda a entrar en el verdadero descanso.

Paula Jordão, FMVD
FRATERNIDAD MISIONERA VERBUM DEI

Tantas mañanas leemos en el salmo 94: “Es un pueblo de corazón extraviado, que no reconoce mi camino; por eso he jurado en mi cólera que no entrarán en mi descanso”. Siendo sincera, muchas veces lo evito porque me incomoda al no reconocer en esas palabras al Padre de Jesús. Dios no nos excluye, sino que desea profundamente que entremos en su descanso.

¿Pero cómo hacerlo? ¿De qué descanso nos habla? ¿Podemos realmente aprender a descansar en medio de tantas demandas de nuestra cultura, tan activista? ¿En un mundo que niega el descanso a tantos por violencia, injusticias y crueldad, tenemos nosotros la posibilidad de descansar? ¿El descanso es solamente ausencia de cansancio y de actividad? ¿Será que Dios nos propone un descanso a su modo que solo puede venir del Espíritu de Jesús?

“Solo en Dios halla descanso mi alma; de él viene mi salvación” (Sal 62). Conocemos bien este salmo, ¿pero dejamos que se haga realidad en nuestras laboriosas jornadas? ¿Cómo es Dios descanso y salvación en medio de lo que vivimos?



**Junto a lo maravilloso de la vida,
muchas veces nos asalta
un cansancio profundo**

Estas y muchas preguntas me surgen cuando intento orar y ponderar para escribir estas líneas que me gustaría fueran tejidas por el diálogo entre nuestras vivencias tan humanas y la Palabra de Dios, que es

Jesús mismo, el Buen Pastor que nos guía “hacia fuentes tranquilas y repara nuestras fuerzas” (Sal 23).

Parto de una constatación: junto a la belleza y lo maravilloso de la vida, muchas veces nos asalta un cansancio profundo. Nos resistimos a parar. A veces logramos descansar un poco, pero en muchas ocasiones no alcanzamos ese reposo más hondo que tanto anhelamos, creyendo, quizá, que para lograrlo necesitamos algo especial o sofisticado.

¿Qué pasa? Por un lado, tenemos miedo de parar; y por otro, tal vez pretendamos descansar a través de cosas buenas que, ciertamente, nos distraen y divierten, pero que no siempre nos recrean de verdad, porque no nos ayudan a entrar en contacto con lo que realmente nos agota, con aquello que silenciosamente nos desgasta por dentro.

Hay un personaje en el evangelio que puede darnos muchas pistas. Cambiaré un poco su pregunta y en vez de “vida eterna” hablaré de “descanso”: “Señor, ¿qué debo hacer para heredar tu descanso?”. Jesús le recordará los mandamientos. Y ¿no sería también la nuestra, la de los religiosos comprometidos, la respuesta de aquel hombre?: “Señor, si todo eso y más lo hago de la mañana a la noche sin parar. Si me dedico a la misión, me desvivo por los demás, soy fiel a mis deberes, desempeño mis encargos con una exigencia extraordinaria, voy más allá de mis responsabilidades, obedezco a la rutina...”. Sin embargo, como aquel hombre, frecuentemente nos tropezamos con la insatisfacción que nos amenaza, el vacío que nos desalienta, el descontento que nos cansa, la amargura que ensombrece nuestras relaciones y nos hace tener sed de más, de mucho más.

En Marcos 10, 17-23 la cámara se enfoca ahora sobre el otro hombre, no el rico sino el pobre: “Jesús se quedó mirándolo, lo amó y le dijo...”. Es importante no leer con prisa, sino parar para comprender la sabiduría que encierra esta escena. Jesús calla. Se queda mirándolo fijamente con amor y solo después habla. Hagamos una pausa: ¿Cuánto tiempo habrá permanecido esta mirada? ¿Aquel hombre se dio cuenta de cuánto amor le estaba siendo regalado gratuitamente? Ciertamente, no.

Pero ahora lanzo otra cuestión: nosotros, en nuestras intensas jornadas ¿damos el tiempo y el espacio suficiente para dejarnos mirar fijamente por Jesús, sin más? ¿O acabamos por ahogar, olvidar y perder su mirada, disipados en tantas cosas que tenemos que hacer, incluso en

la oración, cayendo en el engaño de que eso nos realizará como personas consagradas?

Sabemos cómo terminó aquella escena. Jesús, amándolo, le pide que deje a otros sus riquezas y le siga sin más, pero el hombre “se marchó triste porque era muy rico”. Al final se fue porque sus riquezas, tan impermeables, no le permitieron darse cuenta de cuánto era amado. Y, así, se impidió a sí mismo ser mirado con afecto por Jesús. Prefirió aferrarse a lo malo conocido: a sí mismo, a sus cosas, a sus logros y a sus leyes, en vez de dejarse cautivar por el amor de Jesús, por su mirada y su presencia humilde.

Esta es una interpelación que hemos de acoger si queremos abrirnos al verdadero descanso que Él nos ofrece: ¿me dejo mirar y amar por ti,



Jesús, en los caminos fascinantes y exigentes de la vida consagrada? ¿O, como aquel hombre, me creo artesano de mi propia realización? ¿He olvidado que la plenitud y el descanso no nacen de mis esfuerzos, sino de ti, que me miras, me amas y te entregas por mí? (cf. Gal 2,20).

Todo indica que esta persona prefirió refugiarse en lo externo, secuestrado por la apariencia, rehén de la opinión ajena y escudado en su riqueza. Por eso no encontró sosiego, sino desazón y desconcierto.

Muchas veces intentamos descansar: paramos, bajamos el ritmo, desconectamos, probamos nuevas experiencias espirituales, hacemos lo que nos gusta, compartimos con amigos, nos distraemos, pero no siempre logramos el reposo ansiado. A lo mejor, como a este hombre, lo que nos cansa es algo que nos desgasta desde dentro. Algo que ignoramos pero que contamina nuestros días entristeciendo nuestra mirada y amenazando nuestros pensamientos. Algo sutil y dañino que se infiltra secando la alegría, perturbando el descanso y desdibujando el sentido de la vida.



La imagen desfigurada de nosotros mismos nos arrebató el descanso más hondo

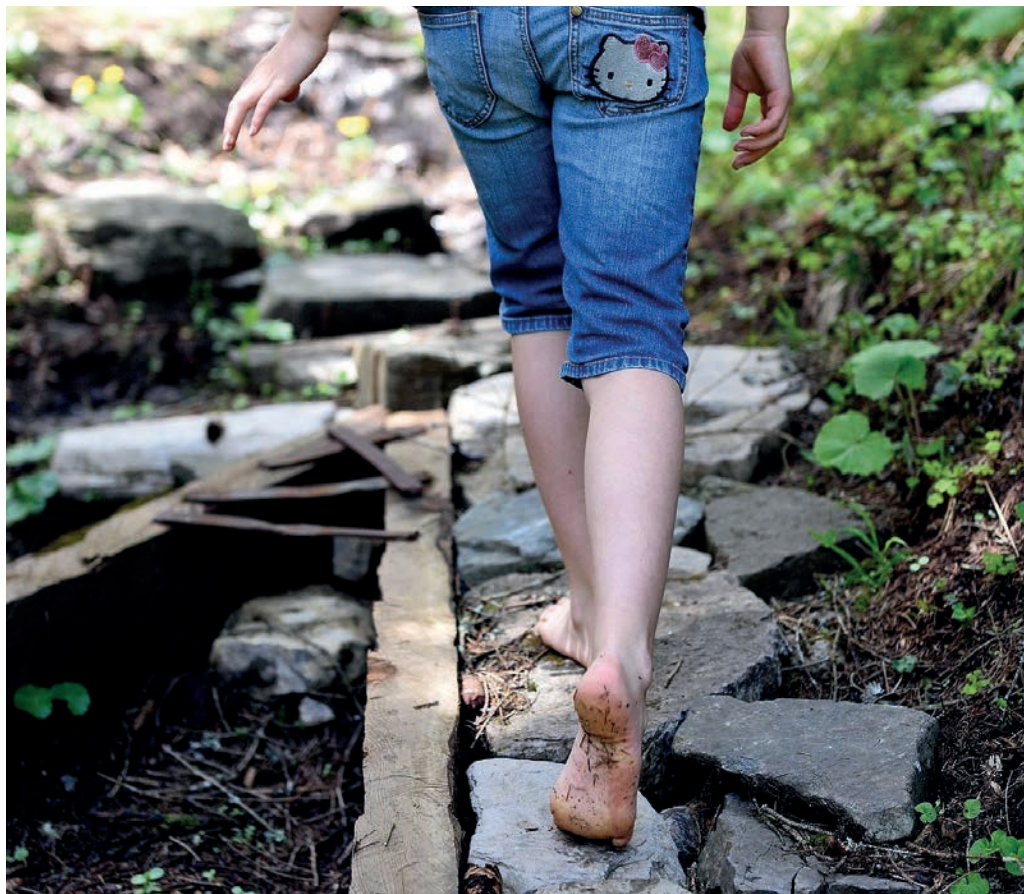
El cansancio más profundo surge en lo secreto del corazón, cuando creemos –sin darnos cuenta– en la mentira de que valemos por lo que hacemos, por lo que tenemos o por lo que los demás dicen de nosotros.

Eso nos impide descansar, porque vivimos inquietos por producir, merecer, impresionar, aparentar o evadir, sin soltar inseguridades, riquezas o eficacias para dejarnos mirar por el amor que nos ama. Sin darnos cuenta, entramos en una carrera contra nosotros mismos, los demás y el tiempo... si no hemos ya desistido de creer en nosotros, en Dios o en los otros. Y así terminamos vacíos y agotados, porque nada ni nadie nos descansa de verdad. Cuando intentamos reposar, la imagen desfigurada que tenemos de nosotros mismos nos arrebató el descanso más hondo. Olvidamos que somos amados, valiosos, dignos y completos sencillamente por lo que somos.

¿Y tú, Jesús, ¿también fuiste confrontado con la tentación de la identidad y de su consecuente falta de descanso? Esto lo podemos apreciar en su bautismo y en las tentaciones, justo después. En el Jordán, Jesús recibe la declaración paterna y fundante: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mt 3,17). Su identidad le es confirmada en aquel momento, y para siempre, desde el amor: Tú eres aquel que eres mío, eres el Hijo, y eres amado.

Nosotros, llamados a consagrarnos al amor de Dios y de los demás, necesitamos escuchar y nutrirnos de esas palabras, porque, así como definen a Jesús, nos definen también a nosotros: “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos (e hijas) de Dios, ipues lo somos!” (1 Jn 3,1). Es la promesa que resume su vida y la nuestra: “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor” (Jn 15,9).

Sin embargo, también Él tuvo que adentrarse no solo en lo bello y alegre de la vida, sino en el desierto de lo humano: lo inhóspito de las rela-



ciones, la aridez de las dificultades y la dureza del camino. Guiado por el Espíritu, atravesó el calor asfixiante del sufrimiento y de la falta de sentido. Y, como tú y yo, sintió la tentación del hambre, del cansancio, del desaliento, de la falta de identidad y del no valer. También la tentación de buscar atajos para descansar.

La escena de Mt 4,1-11 es gráfica y desafiante: “Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes”. La tentación pone en tela de juicio su ser hijo y amado. Le hace creer que, si así fuera, no debería saciar el hambre transformando lo que es duro y pesado en alimento.

Sin embargo, Jesús no cae. ¿Por qué? Porque sabe que, incluso en

medio del hambre existencial, sigue siendo el Hijo amado del Padre. Sabe que transformar piedras en pan para probar su identidad no lo descansaría, sino que lo haría dudar de quién es, empujándolo a construirse a sí mismo, alejándose y desconfiando del amor incondicional de Dios. Sabe que lo que más agota es dejar de ser uno mismo y caer en la inquietud de tener que conquistarse por autosuficiencia, haciendo mil cosas para llenar un vacío que las piedras transformadas en pan jamás colmarían.

Pero, ¿cuántas veces, al experimentar que los demás descuidan nuestras necesidades, caemos en la tentación de no creernos hijas e hijos amados y cuidados? ¿Cuántas veces

pensamos que Dios no se ocupa de nosotros en los desiertos de la vida?

¿Y entonces, qué hacemos? ¿Esperamos y sondeamos los caminos de Dios desde nuestras carencias? ¿O caemos en la tentación del consumismo, comprando tanto lo que necesitamos como lo que no?, ¿adquiriendo los últimos dispositivos tecnológicos en nombre de la misión o la comodidad?, ¿compensando necesidades legítimas con el placer de una alimentación desordenada?, ¿o abusando de internet, de las series, de restaurantes costosos, de vacaciones de lujo u otras distracciones que no se ajustan a nuestra vida consagrada ni nos descansan?

No se trata aquí de levantar un dedo moralista cargado de culpa, que no salva, sino de pedir alcanzar una sinceridad que nos acerque a la mirada amorosa de Jesús.

”

El descanso profundo que realmente alimenta arraiga en la confianza en la Palabra de Dios

En *Dilexit nos*, el papa Francisco nos decía: “Hoy todo se compra y se paga, y parece que la propia sensación de dignidad depende de cosas que se consiguen con el poder del dinero. Solo nos urge acumular, consumir y distraernos, presos de un sistema degradante que no nos permite mirar más allá de nuestras necesidades inmediatas y mezquinas. El amor de Cristo está fuera de ese engranaje perverso y solo Él puede liberarnos de esa fiebre donde ya no hay lugar

para un amor gratuito. Él es capaz de darle corazón a esta tierra y reinventar el amor allí donde pensamos que la capacidad de amar ha muerto definitivamente” (DN 218).

Para dejarnos liberar y aprender, una y otra vez, el amor gratuito que descansa, precisamos escuchar con urgencia las preguntas hondas que nos habitan –como hizo aquel hombre rico– y llevarlas a la oración, hasta que la voz de Dios nos responda en medio de nuestros desiertos existenciales, como lo hizo con Jesús: “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.”

Esta no es una salida espiritualista, sino profundamente realista. Jesús no niega la necesidad humana; la reconoce y la legitima. Pero sabe que el descanso profundo, el que realmente alimenta, no se compra ni se conquista, porque solo se recibe: se arraiga en la confianza en lo que está escrito en la Palabra de Dios, que nos dice quiénes somos: hijas e hijos amados, pase lo que pase, capaces de amar como Él nos ama (cf. Jn 15,12). En los ayunos y hambres de la vida, Jesús supo aferrarse al amor verdadero –de Dios y de los demás– y discernió con creatividad cómo responder a sus propias necesidades, tan humanas.

A menudo, nosotros mismos somos nuestros peores enemigos y capataces. Los ritmos que vivimos son fruto de la autoexplotación y del agotamiento mental que escogemos. Creemos que tenemos que rendir, y la frase que más usamos para demostrar que estamos vivos es: “¡No tengo tiempo!”. Byung-Chul Han, filósofo contemporáneo, afirma que hoy vivimos en la “sociedad del cansancio”, que nos atrapa. Ya no son, como antes, solo las estructuras



externas las que nos oprimen; ahora es el propio sujeto quien se exige cada vez más, en nombre de la eficacia, la realización personal, las exigencias institucionales, la productividad y el éxito. Y así ocurre también con nosotros.

En medio de todo ello, hemos de interrogarnos con humildad si los consagrados somos testigos pacíficos y creíbles del cariño de Dios –porque nos dejamos amar y amamos– o si, por el contrario, somos testigos intransigentes y estresados de todo lo que hay que hacer, producir y alcanzar. Una joven le dijo un día a una de nuestras misioneras consagradas: “Yo no quiero ser como tú, que siempre trabajas y corres de un

lado a otro sin parar”. ¡Vaya testimonio vocacional!

En mi vida, me doy cuenta de que son muchas las realidades que me amenazan y me roban el descanso profundo. Cambiar de actividad o distraerme con algo –lo cual ayuda y es incluso necesario– no siempre basta, porque el cansancio y los imperativos me persiguen desde dentro. Me ayuda reconocer con humildad los falsos atajos que tomo: esos que prometen sosiego, pero que en realidad me agotan más. Descubro que el descanso verdadero solo lo encuentro cuando me atrevo a abrir mi insatisfacción, mis dolores corporales, mi desgaste, mi no dormir bien y mi desaliento –eso que me hace

pasarlo mal- a Dios, a mí misma y a personas que de verdad me pueden ayudar.

Y ahí, permaneciendo en contacto con mi interioridad, con una espera y una esperanza que desafían mis prisas y mi afán de valer, contemplo cómo Dios derrama su gracia -sin fallar-, abriéndome caminos serenos, sobrios y novedosos de descanso: una relación de amistad que florece en mayor confianza; un silencio orante y prolongado, inundado de luz; cocinar una cena especial que, como la Eucaristía, transforma lo cotidiano en comunión; dibujar, escribir o tocar la guitarra dando voz a lo que habita dentro; una lectura o un filme interesante que abren nuevas perspectivas; una visita a mis familiares que me re- coloca; un café entre amigos que recrea o, sencillamente, no hacer nada más que contemplar la vida: “Fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan” (Mt 6,28).



El placer legítimo puede volverse un escape que nos aleja de quienes somos

Las otras dos tentaciones de Jesús tocan otros aspectos de nuestro cansancio y de nuestro intento de descanso: “Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: ‘Ha dado órdenes a sus ángeles acerca de ti y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras’... De nuevo el diablo lo llevó a un monte altísimo y le mostró los reinos del mundo y su gloria, y le dijo:

‘Todo esto te daré, si te postras y me adoras’” (Mt 4,6.8).

Estas insinuaciones también desafían la identidad de Jesús en su misión y credibilidad. Lo incitan a probar, mediante grandes prodigios, que es el Mesías bendecido por Dios. Lo tientan a presumir, conquistar, tener éxito e influencia por sendas de idolatría, fuera de Dios. Pero Jesús detiene el golpe. Se aferra a lo que está escrito, a lo que Dios dice y es verdadero. Y se resiste a sucumbir ante el miedo o la mentira, por muy seductores que se muestren. Confía en que es el Hijo amado, y que ninguna situación -por difícil que sea- puede arrebatarse esa realidad. Él ha hecho su tesoro en el cielo y no “tesoros en la tierra, donde la polilla y la carcoma los roen y donde los ladrones abren boquetes y los roban” (Mt 6,19).

¿No será que nuestros intentos de descanso caen en la misma falacia, al recurrir a actividades que nos dan prestigio, reconocimiento ajeno o buena imagen pública? Incluso el placer legítimo puede volverse un escape que nos aleja de quienes somos y de lo que realmente necesitamos. El placer, bueno en sí mismo, deja de serlo cuando se convierte en sustituto del descanso profundo, en una compensación momentánea que no llena.

“Muchas veces los sufrimientos tienen que ver con el propio ego herido, pero es precisamente la humildad del corazón de Cristo la que nos indica el camino del abajamiento. Dios ha querido llegar a nosotros anonadándose, empequeñeciéndose” (DN 202). ¿No es esto verdad? ¿No será que muchos de nuestros cansancios nacen de un orgullo herido, de complejos, de inferioridad o de superioridad, fruto de una falsa valoración de nosotros mismos?


Jesús nos llama a esconder nuestra vida con Él en Dios (cf. Col 3,1-3), y a buscar la respuesta a nuestras necesidades de protección, utilidad, reconocimiento, confianza, pertenencia, placer, amistad, descanso, y tantas otras, por los caminos estrechos pero fascinantes del Evangelio. Él sabe que el Padre conoce lo que nos hace falta, incluso antes de que se lo pidamos (cf. Mt 6,8), y que nos guiará para encontrar respuestas sanas, verdaderas y adecuadas a nuestras necesidades.

Hemos de pedir la gracia de reconocer con humildad y valor nuestras ambiguas motivaciones interiores: ¿De dónde viene la tentación de identificarnos con lo que vestimos, y sea el hábito, el alzacuellos o la ropa cara de marca? ¿A qué responden tantos viajes costosos a destinos inaccesibles para la mayoría? ¿Por qué algunas vacaciones incluyen lujos innecesarios, como si el verdadero descanso solo fuera posible para unos pocos privilegiados? ¿Por qué la opinión –explícita o implícita– de los demás nos trastoca tanto? ¿Por qué nos agarramos a nuestros cargos y los hacemos vitalicios argumentando eficacia? ¿Será que, en el fondo, dudamos de que los consejos de Jesús nos conduzcan al descanso más auténtico?

Él nos enseña que el verdadero descanso no se encuentra en intentar ser quienes creemos que los demás esperan, ni en buscar prestigio o realizar hazañas que superen nuestras fuerzas con tal de ser bien vistos. Eso solo acaba por “robar, matar y hacer estragos” (Jn 10,10). El Buen Pastor, que nos “hace descansar” (Sal 23), nos conduce por caminos de mansedumbre, pequeñez y abajamiento hasta que abracemos con alegría la porción de tierra y de cielo

que somos. Un camino muy distinto del que con frecuencia nos propone la tentación y, que no pocas veces seguimos.

Necesitamos ser salvados de nosotros mismos y de nuestros autoengaños. Jesús nos salva de nuestro cansancio ofreciéndonos su descanso: “... nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera” (Mt 11,27-30).

Acoger la invitación de Jesús pasa por conocer al Padre como Él nos lo revela, hasta dejarnos amar como hijas e hijos en el Hijo. Implica derramar con sinceridad nuestro cansancio a sus pies, pidiendo luz sobre los yugos pesados que cargamos –muchas veces autoimpuestos– y que no brotan de la misión compartida con Él. En medio de los desafíos existenciales, lo que nos descansa no es la ausencia de fatiga o de actividad, sino llevar el yugo con Él, aprender de su mansedumbre y humildad de corazón, hasta que nos libere desde dentro para amar. Porque “nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” (San Agustín, *Confesiones* 1,1). 

HABLANDO EN DIALECTO



Suelta tu viejo relato

Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS (MADRID, ESPAÑA)


Todos arrastramos viejos relatos sobre nosotros mismos, como una banda sonora repetitiva en la que nos contamos una y otra vez nuestra propia historia, revestida de las interpretaciones que hemos ido haciendo sobre ella. No siempre predomina el agradecimiento sino que a veces toma forma de lamentos por antiguos agravios y de reproches hacia quienes consideran sus causantes. Hay historias en las que predomina la culpabilidad por los fallos cometidos y otras están presididas por la nostalgia producida por las oportunidades no aprovechadas.

Con frecuencia hemos construido ese relato introyectando la mirada que otros tienen sobre nosotros, una mirada que es, con frecuencia, severa y condenatoria. “Es una mujer impura”, pensaban los que conocían el flujo de sangre de la mujer; “es una pecadora”, dijo Simón el fariseo al ver a la que ungía a Jesús en su casa; “es un pecador”. murmuraban escandalizados los que solo veían la apariencia de Zaqueo. Afortunadamente, el peso de aquellos juicios no impidió que ellos entraran en relación con Jesús: se dejaron mirar por unos ojos que los embellecían y transformaban, que con-

templaban de otra manera sus historias y les ofrecían una identidad diferente. La mujer condenada por el fariseo resultaba ser “la que amaba mucho”; la que se había acercado a Jesús avergonzada, escuchaba que su nombre era “hija”; el publicano Zaqueo aprendía de labios de su huésped que también él era un “hijo de Abraham”.

Habían oído juicios ajenos, habían aguantado ser descalificados con etiquetas, se habían doblado bajo la carga de muchos fardos, pero Jesús les cambiaba la versión, les contaba su propia verdad, les ofrecía palabras de vida.

Sobre los discípulos en la mañana de Pascua pesaba el viejo relato de haber abandonado al Maestro, y por eso permanecían encerrados y tristes, rumiando su traición. Pero la voz del Viviente les llegaba a través del mensaje de María Magdalena: “Di a mis hermanos que vayan a Galilea...”. Les invitaba -también a nosotros- a construir el nuevo relato de su verdadera identidad: la de hijos, hermanos, amigos, enviados en misión.

“Si alguien vive en Cristo, es una nueva criatura; lo viejo ha pasado, ha aparecido lo nuevo” (2Co 5,17). 

RETIRO MENSUAL



**«MI PRESENCIA IRÁ CONTIGO,
Y TE DARÉ DESCANSO» (EX 33,14)**

M. Elena Díaz Muriel, ss.cc

Nos adentramos en el mes de julio y con él viene el tiempo de las vacaciones; si bien estas serán más o menos largas según el hemisferio desde el que leas estas líneas, creo que todos, cada uno a su manera, necesitamos darnos un tiempo de silencio y oración donde seguir pensando y poniendo ante Dios cómo afrontar el tiempo de descanso cuando, a ve-

ces, somos nosotros mismos los que, aun deseándolo, no sabemos cómo hacerlo.

Seguramente la propuesta que vas a encontrar en estas páginas no te resulte sencilla; vivimos en una sociedad en la que el descanso se ha convertido en un lujo o en una evasión, en la que se nos ha enseñado que lo importante es ser pro-

ductivos, eficientes, y ocupar cada minuto del día. Hacer silencio y “descansar”, además, puede darnos mucho vértigo, pues el silencio exterior abre la puerta a la propia interioridad y, si uno lleva mucho tiempo sin pisar su propia tierra..., puede encontrar cualquier cosa sembrada en ella. Incluso puede encontrarse sin tierra que pisar.

Por eso, lo primero que te invito a hacer es *elegir* comenzar este tiempo, y hacerlo renovando la confianza en Dios y en que Él saldrá a tu encuentro. Pídele al Espíritu don de sabiduría y discernimiento para reorientar tu vida según el Amor que te llama y te recrea. Comienza abriendo tu corazón al Señor de tu vida y cuéntale cómo estás al final de este curso.

Según el momento vital de cada uno, sugiero comenzar con alguna de estas canciones, ambas disponibles en las plataformas digitales: *Vengo cansado*, de Luis Guitarra o bien *Venid conmigo*, de Ain Karem.

Así mismo y para ayudar al corazón a ir entrando en el tiempo de silencio, también puedes recitar despacio, dejándote conocer, estrechar, cubrir, abarcar totalmente; en definitiva, dejándote amar por el Señor, el salmo 139 (138): “Señor, tú me sondeas y me conoces”.

Es especialmente llamativo que este salmo hable no solo del espíritu, sino también del cuerpo como lugar donde hacer experiencia de Dios. Dedica un tiempo a escucharte, escucha tu cuerpo, deja que se exprese, haz silencio. Puede ayudar a la interiorización el ir repitiendo aquel versículo donde se ha quedado el corazón, haciéndolo oración y dejándolo entrar con paz, iniciando el camino desde lo hondo, actualizando la confianza y el abandono.

Prepárate para el encuentro; “ensancha el espacio de tu tienda” (Is 54,2).

Hazte consciente de todo ello, pero ahora no hables ni siquiera contigo mismo, no te hagas preguntas. Por unos instantes, si te es posible, solo si te es posible, trata de escuchar el fondo del ser, en silencio. Quizás sea un silencio molesto; no importa, inténtalo. Que el silencio te envuelva. No lo temas; aguántalo. En silencio, déjate abarcar por su mirada reconciliadora, cargada de amor.

*“¡Entra en este lugar sagrado y mira!
Deja que despierte
la agitación profunda
el desasosiego del alma
que busca a Dios.
Siéntate luego y mira esa majestad,
pasiva, abierta a su poder,
atrayendo ahora desde dentro”.*

--

Ahora sí, comencemos.

“Hay un tiempo señalado para todo, y hay un tiempo para cada suceso bajo el cielo: tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado; tiempo de matar, y tiempo de curar; tiempo de derribar, y tiempo de edificar; tiempo de llorar, y tiempo de reír; tiempo de lamentarse, y tiempo de bailar; tiempo de lanzar piedras, y tiempo de recoger piedras; tiempo de abrazar, y tiempo de rechazar el abrazo; tiempo de buscar, y tiempo de dar por perdido; tiempo de guardar, y tiempo de desechar; tiempo de rasgar, y tiempo de coser; tiempo de callar, y tiempo de hablar; tiempo de amar, y tiempo de odiar; tiempo de guerra, y tiempo de paz. ¿Qué saca el trabajador de aquello en que se afana? He visto la tarea que Dios ha dado a los hijos

de los hombres para que en ella se ocupen. Él ha hecho todo apropiado a su tiempo. También ha puesto la eternidad en sus corazones y sin embargo el hombre no descubre la obra que Dios ha hecho desde el principio y hasta el fin”.

Eclesiastés 3,1-11

Conocemos bien esta lista sagrada; en ella se nos recuerda que nada de lo que vivimos le es ajeno a Dios. Hay “tiempos” felices, otros tristes; algunos son productivos mientras que otros parecen ser perdidos; algunos inspiran paz y otros traen dolor. Todos son necesarios y en todos hay sentido para aquel que sabe mirar.

Cada experiencia nueva en nuestras vidas exige todo nuestro tiempo y atención para poder vivirla y descubrir lo que se nos regala en ella. Exige que miremos más allá de las apariencias y tratemos de buscar su significado. Es tiempo hoy de dar gracias a Dios por todo lo vivido y descubierto; poco a poco, y desde el corazón, deja que vayan emergiendo estos últimos meses, con sus afanes y preocupaciones, con sus alegrías y dificultades. Contempla sin juzgar, sin forzar, deja que la vida vaya brotando con paz.

¿De qué es “tiempo” para ti ahora? ¿Cómo definirías el momento vital que estás viviendo?

¿Qué cansancios traes en la mochila? ¿Cómo enfrentas el tiempo de descanso?

Decíamos un poco más arriba que adentrarse en este tema del descanso desde Dios no siempre es fácil, pues tenemos demasiadas presiones externas y, a veces, demasiadas creencias internas tan arraigadas que dejarnos desinstalar es complicado. Ponte a ti misma el termómetro y mira a ver cómo estás al respecto.

--

Tras este primer momento orante, os invito a ahondar en algunas ideas sobre qué significa descansar y cómo, tomado en serio, este acto puede convertirse en una profunda experiencia de unión con Dios.

El descanso en la tradición bíblica

En la tradición bíblica, el descanso está vinculado a la confianza en la providencia divina. Hay, en las Escrituras, dos grandes tradiciones que fundamentan el descanso sabático para el pueblo judío y cada una nos va a ofrecer una perspectiva distinta; serán tan importantes, que ambas aparecerán recogidas en la tradición del pueblo, aunque con acentos distintos.



Este descanso de Dios no es señal de cansancio, sino de plenitud

La primera tradición nos lleva al comienzo mismo del tiempo, al relato de la creación en el libro del Génesis. Allí, después de seis días de dar forma y vida al universo, Dios contempla lo que ha hecho y descansa el séptimo día. El libro del Éxodo recoge esta imagen en el mandamiento del *sabbat*: “Porque en seis días hizo el Señor el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, y el séptimo día descansó. Por eso bendijo el Señor el día sábado y lo declaró sagrado” (Éx 20,11). Este descanso de Dios no es señal de cansancio, sino de plenitud. Es la pausa que corona la obra, el gesto de quien se detiene para contemplar, para gozar, para bendecir.



Esta tradición nos enseña que el descanso sabático no es solo un alivio para el cuerpo: es un acto espiritual. Al descansar como Dios, el ser humano participa de su ritmo, se alinea con el pulso del Creador. Descansar se convierte así en un modo de adorar, de reconocer que la vida no depende solo de nuestro esfuerzo, sino del amor generoso de Dios. El descanso es sagrado porque nos devuelve a nuestra verdad: somos criaturas, no dioses, y nuestra identidad no se juega en el hacer constante, sino en el sabernos amados.

”

El descanso es signo de una libertad conquistada y regalada

La segunda tradición, igualmente poderosa, aparece en el libro del Deuteronomio, detonada por la experiencia del éxodo. Allí el motivo del descanso ya no es la creación, sino la liberación. “Acuérdate de que fuiste esclavo en Egipto, y que el Señor tu Dios te sacó de allí con mano fuerte

y brazo extendido. Por eso el Señor tu Dios te manda guardar el sábado” (Dt 5,15). Aquí, descansar se convierte en un acto de memoria y de justicia. El pueblo de Israel, liberado de la esclavitud, debe recordar cada semana que no está hecho para la opresión ni para el trabajo sin alma. El *sabbat* es el signo de una libertad conquistada y regalada.

Esta segunda tradición añade una dimensión social al descanso: no solo el propietario descansa: “no trabajará tampoco tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tus animales, ni tampoco los extranjeros que vivan en tus ciudades” (Ex 20,10). Todos deben tener acceso a un ritmo humano, justo, liberador. Es una manera concreta de afirmar la dignidad de cada ser viviente. El *sabbat*, en este sentido, es un acto de solidaridad, de inclusión, de protección frente a la lógica del rendimiento que aplasta a los más débiles.

Estas dos tradiciones no son solo verdades del pasado. También hoy interpelan, a quien se deja, sobre nuestra manera de trabajar, de descansar, de confiar, incluso de compartir el tiempo. Descansar no es simplemente parar cuando me apetece o buscar una excusa para eludir responsabilidades. Descansa quien ha trabajado, quien ha ofrecido su esfuerzo y su dedicación. El descanso, como el *sabbat*, es la coronación de una tarea, no su sustitución. Hay un cansancio bueno, el de quien ha sembrado y ahora deja que la tierra haga su trabajo. Quien se abandona demasiado pronto a la comodidad sin haber vivido el compromiso no saborea el verdadero descanso, sino un sucedáneo que termina vaciándole por dentro.

Pero descansar exige también saber delegar, confiar en que otros

continuarán la obra. No todo depende de nosotros. Hay, en el descanso, un acto de humildad: reconocer que no somos imprescindibles. Que el mundo sigue adelante aunque soltemos las riendas. Que otros, aunque lo hagan de manera distinta, también lo hacen bien. Que la vida no es una empresa que hay que vigilar obsesivamente, sino un don que se construye entre muchos.

De aquí se deduce algo que no siempre nos gusta escuchar: no podemos, ni debemos, cargar siempre con todo. Entregar a Dios nuestro trabajo inacabado, confiarle los procesos abiertos, aceptar que no todo se resuelve ni se perfecciona, es un acto de madurez y de fe. El descanso se convierte así en una proclamación humilde: “Señor, he hecho lo que he podido. Ahora lo dejo en tus manos. La obra es tuya”. Esta entrega serena ensancha el corazón y permite que el alma descanse.

Y, finalmente, descansar al estilo de Dios implica reconocer la dimensión solidaria del descanso. No se descansa a costa de otros. El descanso bíblico es inclusivo: el siervo, la sierva, el extranjero, el animal... todos deben descansar. Esto nos recuerda que, cuando descansamos, también debemos propiciar que otros puedan hacerlo. No podemos convertir nuestro reposo en una carga para otros. No hemos de pensar solo en nuestro bienestar, sino facilitar también el de quienes nos rodean. Hay un descanso que se convierte en gesto de fraternidad, en espacio compartido, en responsabilidad por el descanso ajeno.

Así, dejarse interpelar por estas dos tradiciones bíblicas es reconocer que descansar, para un creyente, es un acto de confianza, de entrega, de justicia y de comunión. No se tra-

ta solo de parar el cuerpo, sino de orientar el corazón: hacia Dios, hacia uno mismo y hacia los hermanos.

--

Es tiempo de dejar posar las muchas palabras que llevamos dichas hasta ahora. Te invito a hacerlo, si te ayuda, de la mano de las siguientes preguntas y de la canción “Declaración de domicilio” de Cristóbal Fones sj, disponible en las plataformas digitales:

- ¿Cuándo fue la última vez que sentí un descanso verdadero y profundo?
- ¿Qué me impide descansar plenamente? ¿Es el miedo, la necesidad de control, la preocupación por los demás?
- ¿Cómo experimento la presencia de Dios en mis momentos de descanso?
- ¿Cómo puedo vivir el descanso como participación en la obra de Dios, y cómo puedo hacerlo como acto de justicia?
- ¿Puedo ofrecerle a Dios un espacio para que repose en mí?

Jesús, el descanso que renueva la vida

Resulta llamativo que uno de los motivos que más tensiones provocó entre Jesús y las autoridades religiosas de su tiempo fuera precisamente el sábado. Según los evangelios, buena parte de la oposición que acabó llevándole a la cruz se debió a que, para los ojos de sus contemporáneos, Jesús transgredía el *sabbat*. No porque no lo respetara, sino porque se atrevía a reinterpretarlo. Jesús no rompe el sábado para destruirlo, sino para devolverle su sentido originario, ese que nace del descanso de Dios en la creación

y del descanso del pueblo liberado del yugo de Egipto.

Pero sus contemporáneos habían convertido el sábado en una ley moral, un límite rígido, un marcador de pureza. Lo que era un signo de comunión, de libertad y de confianza se había transformado en un precepto inflexible que generaba miedo, culpa o exclusión. Jesús lo denuncia con fuerza: “El sábado ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado” (Mc 2,27). Con estas palabras, no está relativizando el descanso, sino devolviéndole su hondura antropológica y espiritual. Está recordando que el sábado no se puede vivir como una exigencia que aprieta, sino como una invitación que libera. Y es justo desde esa comprensión desde donde Jesús reconfigura su propio descanso.



El descanso es un lugar de encuentro con el Padre y con uno mismo

Porque sí, Jesús también descansaba. El evangelio de Marcos nos cuenta que, después de una intensa jornada, Jesús dice a los suyos: “Venid vosotros solos a un lugar tranquilo y descansad un poco” (Mc 6,31). Hay en él una sensibilidad por el descanso, una capacidad de discernir el momento de parar. El mismo Jesús, que se entrega hasta el extremo, también sabe decir basta. También se retira, se sube a la montaña, se escapa del bullicio, busca el silencio, duerme en la barca. No por egoísmo ni evasión, sino porque

sabe que el descanso es un lugar de encuentro con el Padre y con uno mismo.

Eso sí, su descanso no es absoluto. El mismo pasaje donde invita a retirarse a los discípulos sigue con una escena que podría parecer contradictoria: “Cuando desembarcaron, Jesús vio una gran multitud y se compadeció de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor” (Mc 6,34). Es decir, Jesús no se aferra al descanso como un derecho individual irrenunciable. Lo busca, lo provoca, lo necesita... pero también sabe interrumpirlo si la compasión lo reclama. Lo que define su descanso no es la rigidez, sino la libertad. Descansa no quien se aísla del mundo, sino quien es capaz de vivir con un corazón ordenado.

Por tanto, aprender a descansar, pasa, como todo lo importante de nuestra vida, por mirar a Jesús. Es Él quien nos enseña a discernir cuándo es momento de retirarse, de hacer silencio, de compartir un tiempo de comunión sin presión, o cuándo lo que estamos buscando es evadirnos de la tarea (o no ser capaces de parar) porque hay algo dentro que no está bien colocado. El descanso en Dios no es evasivo, sino regenerador, un descanso desde la escucha, desde la oración, desde el estar con el Padre.

Y un último apunte que me parece importante no olvidar: Jesús, aunque se entrega hasta el extremo, no corre. Su ritmo es el de quien vive con conciencia plena del momento presente. Sana a quien se le acerca, no a todos. Enseña lo necesario, no todo. No se deja devorar por la urgencia de salvar el mundo en un solo día. Esta medida, esta paz, esta libertad interior es un signo del Reino.

Ejercicio personal

- ¿Qué cargas llevo hoy que me impiden descansar en Dios?
- ¿Sé discernir cuándo necesito detenerme para descansar y cuándo abrirme a la compasión que me llama en lo inesperado que me sale al paso?
- ¿Qué significa para mí el descanso que Jesús ofrece? ¿Cómo puedo acogerlo?
- ¿Soy capaz de aceptar que no todo depende de mí, y de vivir con paz el límite de lo posible aquí y ahora?

Descansar como acto de fe y justicia

Por todo lo dicho hasta ahora, creo que es fácil entender cómo, frente al modelo social que asocia el valor de las personas a su productividad, el descanso creyente se convierte en un gesto profético de resistencia que tiene que ver con hacer frente a una forma de vida donde se imponen las lógicas de un mundo empeñado en hacernos creer que solo somos en la medida en la que hacemos cosas.

El ser humano tiene derecho a detenerse, a respirar, a reencontrar el sentido profundo de su existencia. Esta necesidad, como hemos visto, no es un privilegio de unos pocos, sino un derecho de todos, especialmente de los más vulnerables: los pobres, los enfermos, los ancianos, quienes viven en condiciones laborales injustas. En este sentido, defender el descanso es también defender la dignidad humana y la justicia.

Entre los distintos textos que he leído estos días, me ha resultado especialmente inspiradora una meditación de Santi María Obiglio titulada *Al dios del agotamiento*¹. En ella se señala con fuerza cómo los creyentes podemos caer en la trampa de un ac-

tivismo que nos devora, que nos hace confundir entrega con agotamiento, generosidad con desgaste ciego. Me ha parecido muy sugerente su afirmación de que Jesús no quiere discípulos exhaustos, sino servidores con un corazón vivo, lleno de paz y fecundidad. Muchas veces pensamos que ser fieles al Evangelio exige quemarnos hasta la extenuación, pero la verdad es que Dios no nos quiere destruidos, sino fecundos. La entrega cristiana no es autodestrucción: es un camino de vida abundante en el que cuidamos la gracia recibida y servimos desde la plenitud, no desde la carencia.

Por eso, descansar no es solo un acto personal de cuidado, sino también una manera de humanizar nuestras relaciones y nuestras comunidades. Cuando reconocemos nuestra necesidad legítima de descanso, nos volvemos más compasivos con quienes caminan a nuestro lado. Así, el descanso se convierte en un espacio de misericordia donde nadie queda excluido por la prisa, el rendimiento o la presión.

”

Descansar es un modo de proclamar que la vida merece ser vivida con dignidad

Descansar desde la fe es también un modo de proclamar que la vida, toda vida, merece ser vivida con dignidad y gratitud, no solo por lo que produce, sino por el simple hecho de ser. Aprender a descansar como Jesús es abrir un camino donde la fecundidad nace de la paz, donde la

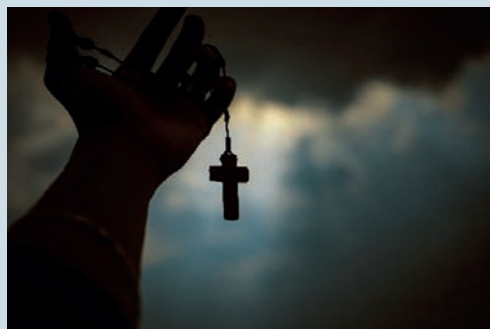
entrega se alimenta de la fuente de la vida, y donde la justicia comienza por cuidar, sin excepciones, el milagro de existir.

*“En la conversión y en la calma
está vuestra salvación,
en la serenidad y en la confianza
está vuestra fuerza” (Is 30, 15).*

Quizás es el momento de que también nos digamos comunitariamente cómo experimentamos el descanso cada uno, sabiendo que no todos lo encontramos en el mismo sitio o en las mismas tareas, y que todas son maneras legítimas si están centradas en Aquel que nos ha convocado a la vida común. Quizás también sea momento de preguntarnos y compartir: ¿Qué hábitos podríamos revisar o transformar para vivir con mayor serenidad y libertad interior?

El descanso como experiencia de oración y contemplación

Un último apunte; el descanso no puede ser solo descanso físico, sino también espiritual. Nuestra inquietud no se sacia con dormir más o con vacaciones espectaculares; se sacia cuando encontramos un ritmo que nos reconcilia con lo que somos, cuando dejamos de huir de nosotros mismos y nos dejamos habitar por Dios.



Jesús buscaba a su Padre en la noche, en el silencio, en la montaña.

Su descanso era el encuentro con el Amor. Quizá nuestra oración pueda convertirse en el descanso de Dios. Tal vez Él también necesite un espacio en nuestra vida donde pueda reposar, donde pueda simplemente estar con nosotros, sin ruido ni exigencias.

“Solo en Dios descansa mi alma”

Recitar juntos el salmo 62 puede ser una buena manera de ir cerrando este tiempo compartido, pero antes, pidamos al Señor que nos enseñe a soltar sin miedo y a dejar nuestras cargas a sus pies; que nos ayude a habitar el espacio sagrado del silencio, de la presencia, de lo esencial, ese lugar donde no hay máscaras ni exigencias, solo la certeza de que somos amados, sostenidos y esperados.

Hasta aquí llegan las palabras. Ahora comienza el verdadero descanso: ese que no se organiza, ni se mide, ni se planifica, sino que simplemente se acoge.

Que tengas un buen descanso. Y que, en él, Dios encuentre también reposo en ti.

¹ <<https://pastoralsj.org/al-dios-del-agotamiento/>>.

ALGO ESTÁ BROTANDO



Atrevernos al ridículo

Miguel Márquez Calle

PREPÓSITO GENERAL DE LOS CARMELITAS DESCALZOS (ROMA)

No sé por qué esta semana pasada me vino a la mente el recuerdo del premio Cervantes 2010, el mexicano Emilio Pacheco, que protagonizó una escena bastante incómoda: antes de recoger el premio, se le cayeron los pantalones. Tuvo una salida simpática, dijo “es un buen argumento contra la vanidad”. Y le ayudaron a ponérselos de nuevo.

A mí desde pequeño me ha dado mucho miedo hacer el ridículo y la opinión o las risas de los demás. Yo creo que en cierta medida ese miedo siempre queda como una amenaza que nos priva de tanta verdad que hay dentro de nosotros. Y nos pasamos parte de la vida queriendo ‘quedar bien’, mirándonos en el espejo de la opinión de los demás, cuántos ‘me gusta’ tenemos.

Esto me ha recordado un escrito de Mircea Eliade, el gran fenomenólogo de las religiones, que escribió: *Oceanografía: invitación al ridículo*. Un magistral ensayo sobre lo realmente consistente y lo efímero de muchos discursos perfectos y pulidos, impecables y, por eso mismo, intrascendentes y pronto olvidados. Decía Mircea Eliade:

“Pienso que el ridículo es el elemento dinámico, creador e innovador de toda conciencia que se quiera viva y que experimente lo vivo. No conozco ninguna transfiguración de la humanidad, ningún salto audaz en la comprensión ni ningún descubri-


miento pasional fecundo que no haya parecido ridículo a sus contemporáneos. Pero eso no es prueba suficiente, pues todo lo que supera el presente y el límite de la comprensión parece ridículo.”

Conecta muy bien con los fundadores y con tantos religiosos hombres y mujeres originales, innovadores, algunos tomados por locos, criticados solemnemente. Porque no jugaron a hacer lo aplaudido o lo exitoso, sino a bailar al ritmo del Espíritu. Eso sí, con una capacidad de escucha admirable. Y una humildad que les permitía ser libres.

¿Y no os parece que a la vida religiosa de nuestro tiempo le es muy urgente y saludable crecer en esta parresía y profecía de lo ridículo, en cuanto novedoso y original, más allá de equilibrios y de discursos políticamente correctos?

Como dice Mircea Eliade, es necesario un ‘salto audaz’.

No recuerdo haber hecho nada valioso en la vida que no haya nacido de dejarme a mí mismo en confianza y de rendirme.

Aprender a reírnos de nosotros mismos para ser de verdad serios y auténticos, llevar una vida religiosa verdadera, no perfecta pero locamente enamorada de Jesús, despreciado por los maestros de la ley. Una vida religiosa creativa y fresca en su sencillez y docilidad al Espíritu. 



Adela Cortina y Jesús Conill:

«Religión y ética civil mantienen unos principios de justicia compartidos»

La reflexión como herramienta para la transformación social y la mejora de la convivencia preocupa a todo el cuerpo eclesial, y por ello nos atrevimos a entrevistarnos con el matrimonio formado por los filósofos Adela Cortina y Jesús Conill. Sus respuestas, distintas pero complementarias, no pueden más que enriquecer el debate: “La fuerza de las convicciones ha disminuido, y no hay transmisión de los principios más profundos. El ejemplo de la fe en España es un punto muy importante ¿Qué ha pasado para hallarnos en este declive?”, se preguntan los expertos.

Ignacio Virgillito

OFICINA DE COMUNICACIÓN DE LA PROVINCIA CLARETIANA DE SANTIAGO

Usted escribió en 1991 el libro “La moral del camaleón”, donde sometía a crítica una forma de moral que no se basa en convicciones profundas, sino que se limita a seguir modas o conveniencias momentáneas. ¿Continúa vigente esta tesis, vista la dificultad para mantener una conversación alejada de polarizaciones?

Adela: Efectivamente, hablaba de la moral del camaleón valiéndome de la secuencia de Nietzsche: moral del camello, moral del león y moral del niño. Tres etapas de transformación del espíritu humano, cada una con una relación diferente con la moral y la libertad. El camello representa la sumisión a la moral establecida, es el que carga con todo; el que se rebela, el que lucha contra esa moral establecida, es el león; y finalmente, la moral del niño, del que juega, de la inocencia, del que puede crear nuevos valores. Para mí, el camaleón es el que dice “yo me adapto” a lo que haga falta con tal de seguir consiguiendo sus propósitos. Nada de grandes resistencias, ni de oposiciones, ni de juegos... La moral de la adaptación ha ido a más, desgraciadamente. Y de esto es de lo que hemos hablado hoy en este congreso de la revista *Diálogo Filosófico* [La profesora Cortina está hablando del XII Congreso de la publicación celebrado en Salamanca entre los días 19 y 21 de junio donde la Prof. Cortina intervino con una ponencia]. Me refiero al tema de la opinión pública, y cómo, en este juego, lo que nadie quiere es quedarse aislado, quedarse solo. No da tanto miedo el error o la mentira como el aislamiento. Porque el ser humano tiene la necesidad básica de ser bien acogido ya que esto da muchas posibilidades desde todos los puntos de vista.

Entiendo dos conceptos de opinión pública. El primero de ellos es la opinión ilustrada, es decir, la que se establece entre argumentos de las gentes más o menos instruidas y cultivadas; y la otra, que es la que realmente funciona, es la que se da por presión; o sea, no por argumentación sino por fuerza coactiva. Esa es la que crea sociedad. En este sentido –hoy lo vemos claramente–, lo que está funcionando ahora es la presión social. Y ante la presión, la gente se inhibe, se adapta a lo que haga falta precisamente por no quedarse aislada o por no perder oportunidades. Porque desde el punto de vista político vemos actuaciones muy dudosas y parece obvio que ante ellas la sociedad debería, al menos, rebelarse. Y, sin embargo, el que se rebela pierde. Estamos viviendo el tiempo del camaleón, el tiempo del “yo me adapto”, sin duda.

Jesús: Antes se decía que el que dice las verdades pierde las amistades. Y creo que hoy podemos decir que el que tiene convicciones pierde oportunidades, jugando con los términos. Y es que en nuestra situación ha prosperado la moral del camaleón. Y donde más se ve es la política.

A: Exacto. Pero quiero añadir que entre la gente de la calle, también. Pensad en cómo se practica la autocensura, hoy ya no necesitamos de inquisidores externos. Y por ello solo podemos lamentar que haya propuestas muy buenas que nunca saldrán a la luz.

J: Y además ahora reforzado por los medios técnicos, porque sabemos de sobra cómo éstos invaden toda la vida en sus diversos ámbitos. Los jóvenes, gracias a las nuevas formas de comunicación, sufren un bombardeo todos los días, a todas

horas. Desde los nuevos medios de comunicación la moral del camaleón ha llegado en su versión corregida y aumentada.

Y todo esto en un marco muy concreto, cuando sucede que la fuerza de las convicciones ha disminuido, y no hay transmisión de los principios más profundos. El ejemplo de la fe en España es un punto muy importante ¿Qué ha pasado para hallarnos en este declive? ¿Qué ha pasado en España para que los procesos de convicción hayan pasado de un punto a otro tan rápidamente?

A: Ha sido el peso de la opinión pública como poder social, en mi opinión.

Llama también la atención el incipiente interés por la teología que se vislumbra en algunos divulgadores de contenidos de internet y otros medios. No parece que sea un interés primario o genuino por las cosas de Dios, sino que, buscando argumentos para sus ideas, normalmente de corte conservador, encuentran que la religión es quien otorga identidad a aquello que defienden (diferencia sexual, rol de la familia en la sociedad, importancia de la nación, etc.). Le comento esto porque usted se ha pronunciado sobre la concepción individualista del cristianismo en su libro “Ética civil y religión” (2002).

A: Desde el principio, desde que empezamos a escribir esos libros, había un problema. Teníamos que dilucidar qué es lo específicamente religioso, y cuáles son las cuestiones ligadas pero que no son las identitarias. Y se me presentaba la cuestión de si pueden ser ciudadanos los creyentes, porque los creyentes defendían unas posiciones religiosas que no eran defendidas por la opinión pública, y por eso no podían ser ciudadanos. Pensemos en cuestiones

morales como el aborto, la familia, la reproducción asistida... A ojos de la sociedad parecía que los dogmas de fe eran esos, y de hecho un alumno mío, creyente y muy brillante, me decía “porque el dogma del aborto...”. Y, bueno, yo escuchaba aquello lamentando su brutal confusión. ¿Qué es lo específico de la religión cristiana? Porque bien es cierto que durante años la Iglesia se ha empleado a fondo en todas estas cuestiones, dando la impresión, desde la jerarquía eclesiástica, de que los obispos se enfrentaban a toda la ciudadanía. Yo pienso que los ciudadanos creyentes pueden ser perfectamente ciudadanos por compartir con los demás una gran cantidad de principios que vienen de la Ilustración, que vienen del Renacimiento y que vienen de la tradición de Grecia, de Roma, y de Jerusalén. Todos los temas más aplicados son argumentables, son discutibles. Por eso mi pregunta sigue en pie: ¿qué es lo específico de lo religioso?

J: Existe una confusión entre moral y religión, y honestamente creo que la religión no debe moralizarse. Lo que pasa es que histórica y sociológicamente, las diversas formas religiosas han funcionado como elemento de cohesión social, pero esa no es su función primaria. Por eso la sociología actual de la religión ha vuelto a revisar estos aspectos para averiguar qué es lo específico de lo religioso, y concretamente del cristianismo, donde se redobra la especificidad. Y, en este tema, hay que aclarar una segunda confusión: distinguir entre lo individual y lo personal. En el cristianismo, la experiencia religiosa no es originariamente moralizante, sino una experiencia de amor. Y eso no es una cuestión individualista, es personal. El individuo es una noción

aisladora, pero la persona es relacional. Por eso la experiencia cristiana ha de conllevar una opción personal al servicio de la comunidad.

A: La persona es en diálogo, siempre somos en relación. Esto es lo típico del personalismo, que no es liberalismo, ni comunitarismo, ni colectivismo.

¿Cómo pueden ayudarse religión y ética civil en la construcción de nuestras sociedades?

A: Es un juego de suma positiva, y quien lo entienda al revés está equivocado. Algunos creen que para que la religión se pueda mantener es necesario acabar con la ética civil, y otros creen que para mantener la ética civil hay que acabar con la religión. Evidentemente, no. Religión y ética civil mantienen unos principios de justicia básicos y compartidos. Por eso, ambas tienen

que jugar colaborando pese a la diferencia de la fe.

J: En el libro de *Ética mínima* (Adela Cortina, Ed. Tecnos, 2020) en el que se distinguen los mínimos y los máximos, que no se contraponen, sino que se articulan, porque se refieren a dos dimensiones de lo moral. La moralidad se compone de una dimensión que podemos compartir con los demás, y esos serían los mínimos, por ejemplo, de justicia. Pero cada cual tiene unas propuestas, unos ideales y aspiraciones que no se pueden exigir, solo proponer. Y en las épocas en que esto se ha instrumentalizado e impuesto, ha resultado fatal.

El segundo libro de Adela, complementario a este, es *Alianza y contrato* (Ed. Trotta, 2005) y afronta la pregunta de cómo ayudar y articular la ética de mínimos y de máximos. Vemos que existen dos tradiciones:



la primera, la ético-política, jurídica y económica de la figura del contrato alrededor de la cual se conforman las sociedades modernas, y la segunda, la de la alianza. Las tradiciones de la alianza que provienen de orígenes religiosos han inspirado ciertas filosofías, como la filosofía de la reconciliación, del cuidado, de la intersubjetividad. Filosofías modernas que se han apropiado de contenidos religiosos, pero que no definden como especificidad religiosa, sino que desde una razonabilidad filosófica. Hay una alimentación donde se ve cómo se pueden ayudar la ética y la religión.

Desde hace tiempo se viene escuchando en la Iglesia el término “batalla cultural”, y la urgencia de darla ¿Cómo ha de entenderse ésta?

A: En el pluralismo cultural, que es un juego de suma positiva, la Iglesia debe abordar esas convicciones suyas que están muy ligadas a las convicciones de una ética cívica. No hay que dar una batalla, hay que trabajar codo a codo.



Jesús Conill, filósofo

J: Hasta Jürgen Habermas defiende que hay que aprender unos de otros, cambiar nuestra actitud cognitiva, el modo de entenderse unos de otros, porque todos podemos aprender de diversas tradiciones. La fe debe aprender de aspectos que parece que provienen de la razón, cuando la razón exhibe como suyos cosas que provienen de la fe religiosa. Por ello, creo que la palabra *batalla* está muy mal elegida. Yo diría vivencia del pluralismo con sentido de discernimiento.

A: Es importante caer en la cuenta de que cada vez más en el ámbito de las lecturas comprensivas del bien, las éticas de máximos se van ampliando y están ahí las propuestas de otras religiones. Hemos de intentar que los valores que vienen de tradiciones cristianas sirvan también para otros. No hemos de apuntarnos a batallas, sino ver qué hay en el corazón de los hombres que están de acuerdo con nuestras posiciones, porque hay gente desde China a Milán, pasando por América Latina, que también quiere la libertad. ¿Cómo no íbamos a acogerles y dialogar con ellos?

J: La concordia cultural no quiere decir uniformidad. Se trata más bien de hablar todos desde el corazón.

¿Cómo ha de entender la vida religiosa su dimensión profética?

J: El profeta siempre ha criticado al pueblo, y esto tiene muchas dificultades. El profeta nunca ha ido halagando al pueblo, sino que mantiene un discernimiento crítico. El testimonio profético es discernidor, y el profeta recuerda el fondo del corazón.

A: Por ejemplo, en el migrante. Ya he hablado de la aporofobia, es decir, del odio, rechazo o aversión

hacia las personas en situación de pobreza o vulnerabilidad social. La vida religiosa está en las fronteras acogiendo a todos los que se ven así. Me ha escrito mucha gente diciendo que pensar desde ese punto de vista le ha cambiado la vida, porque realmente así anuncian a Jesucristo. Van al núcleo.

Entrando en el interrogante que da título a su ponencia –¿Es posible entenderse en una sociedad pluralista?– y teniendo en cuenta su tesis sobre la ética de mínimos, quisiera preguntarle cómo se resuelve el desacuerdo moral y político acerca de la libertad y la igualdad.

A: Entre la libertad y la igualdad no he visto ningún problema porque me parecen dos principios básicos de la tradición ilustrada. Si se estudia bien el liberalismo, todos los seres humanos han de ser igualmente libres y para que haya libertad ha de haber igualdad de oportunidades y posibilidades.

J: Yo creo que la palabra igualdad se malentiende, porque la gente la define como igualitarismo, y no es eso. Por ello, las teorías de la igualdad crean tanta confusión. Hay igualdades justas e igualdades injustas, y por ello urge aclarar en qué somos iguales: en dignidad y todas sus consecuencias que dan garantías de ella. Pero en otras cuestiones, la uniformidad y homogeneidad son completamente injustas. Entonces, cuidado con la igualdad, pues puede conducir a la injusticia.

A: Por eso hay que acabar con la aporofobia, que consisten atender únicamente a los que pueden ofrecer algo a cambio (dinero, votos, garantías...), mientras que se desprecia a los que no tienen nada que ofrecer a cambio. Quien ofrece es interesante, y quien no, queda relegado.


De las muchas maneras que tiene para expresarse o comunicarse, ¿cuál cree que tiene que ser la voz de la Iglesia en una sociedad pluralista?

A: Su voz profética en favor de un amor bien entendido.

Personalmente, también me gustaría que el nuevo papa León XIV bajara en la línea de la unión de los cristianos. Se ha hablado de la ética universal, que es buena idea y creo que este Papa la podría potenciar en la línea del Concilio de Nicea. La división de los cristianos es un escándalo, eso está claro. Y si los cristianos no defendemos unos principios que son los mismos, volvemos a cuestiones individualistas.

Por último, quería preguntarle por la naturaleza del sentido de la justicia y cómo entronca con el perdón, tal y como lo concebimos los cristianos.

J: El perdón no se puede exigir. La justicia, sí.

A: La justicia a nivel social es muy importante. Si no, el perdón se utiliza en contra de los débiles. Hay que tener mucho cuidado con esto, no vaya a ser que a los débiles y vulnerables se les obligue a perdonar, y los fuertes de esta sociedad no lo hagan nunca. A mí me indigna mucho cuando veo a una persona que ha sufrido y se le obliga a perdonar. Oiga, el perdón, para mí, es una opción personal que ha de ser asumida libremente. Obligar a perdonar sería darle la vuelta a los mínimos y los máximos morales. 



¿Qué formación necesitamos?

Mª Pilar Avellaneda Ruiz, ccsb

MONASTERIO DE LA ENCARNACIÓN (CÓRDOBA)

Ser consagrados y ser discípulos son identidades que coinciden. Siempre estamos aprendiendo -hasta el final- y nunca vivimos de las rentas. Me llena de alegría ver consagrados ancianos que son siempre discípulos en medio de la comunidad, que cada día escuchan, leen, meditan, oran, todavía sedientos de formación y de conversión. La belleza de estos ancianos está en que siembran de alegría la comunidad, por la frescura de espíritu que conservan hasta en su edad avanzada.


El secreto de estos discípulos eternos consiste en no disociar la formación de la vocación durante todo el camino de la vida. Y este formarse siempre, escuchando la Palabra de Dios y de la Iglesia, pasándolo todo por el corazón, les hace conservar un centro de preferencia: *Cristo, el Esposo*.

Quien está verdaderamente enamorado no cede ante los obstáculos que le separan de la persona amada, busca infatigablemente a quien llena de felicidad su vida. ¿Es tal vez en esto en lo que nuestra formación ha perdido su brújula? ¿No hemos perdido, quizás, la mística de Cristo Esposo Amado, de Cristo plenitud del corazón y de la vida?

Al descuidar el eje y el centro de la vocación, que es Cristo que nos llama a vivir la alianza con Él, perde-

mos la orientación y la unidad de todo lo que la vocación comporta.

Preocupados por el descenso ineludible de las vocaciones, e inquietos ante un futuro incierto, se nos escapa que todo esto puede ser signo de un tiempo de gracia que nos llama a no preocuparnos tanto por el número de vocaciones, como por *la* vocación, nuestra vivencia de Iglesia-Esposa con Cristo.

Esta es una cuestión que toca directamente el tema de la formación. El abundante número de vocaciones de ayer quizás ha llevado a descuidar la formación a la vocación. Y la excesiva fragilidad actual ha llevado a descuidar la necesidad de cuidar la vocación en todas las etapas, porque la vocación se nos da para seguir a Cristo hasta el final. Si no se cuida la vocación, es inútil ser muchos o pocos. Y si se cuida, y se forma para la vocación, ser muchos se convierte en una fecundidad agradecida y humilde, llena de responsabilidad; y ser pocos se convierte en una ocasión de ofrenda con fecundidad pasional, que da el fruto que Dios quiere, porque nuestras vidas están cargadas no solo de años, sino de mucho amor de Dios recibido y donado. 



NUESTRO ÁLBUM EXISTENCIAL. A VUELTAS CON LA INTERCULTURALIDAD

Manuel Ogalla, CMF

MISIONERO CLARETIANO, HARARE (ZIMBABUE)

Hoy día en nuestras comunidades resulta menos infrecuente encontrar una caja de alfajores argentinos junto a unos dátiles Medjoul de Marruecos; o abrir la nevera y encontrar una fiambra con kimchi coreano o samosas indias. ¡La diversidad está servida!

Más allá de esta imagen culinaria y superando la simpleza anecdótica, no cabe duda de una constatación obvia y palpable, la vida religiosa es multicultural y multiétnica. Cada vez es mayor el número de comunidades que están conformadas por hermanos y hermanas de distintas nacionalidades, procedentes de latitudes muy dispares y cu-

yas lenguas maternas no se parecen en nada. La universalidad de la vocación religiosa obra el milagro de un pentecostés actual y continuo, hilvanando una infinidad de sensibilidades litúrgicas y expresiones celebrativas; un verdadero poliedro de ritos antropológicos y costumbres sociales que se expresan en el día a día de las relaciones fraternas, las actividades pastorales y los ritmos comunitarios. La comunidad local se convierte así en un elocuente signo escatológico del banquete eterno en el que se sentarán a la mesa con nuestro padre Abraham multitudes de oriente y de occidente (Mt 8,11); gente

de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas (Ap 7,9); brindando por la paz judíos y gentiles, destruyendo todo muro que separa y divide (Ef 2,14).

La riqueza carismática heredada de nuestros fundadores, por la acción de ese mismo Espíritu que aleteaba –y aletea– sobre la faz de la tierra, se encarna hoy en coordenadas geográficas tal vez impensables para su época. Hoy, al igual que ayer, el Espíritu de Dios inspira y alienta el corazón de tantos hombres y mujeres que, aunque no compartan la misma estructura cultural o las mismas claves sociológicas de la comunidad primigenia, se saben igualmente seducidos por ese proyecto fundacional que colma de sentido cada momento de la vida. De modo que la composición multicultural de nuestras comunidades no solo es un bello capital humano que enriquece a todos y cada uno de sus miembros, sino que además es epifanía del sueño de ese Dios que quiere que todas las personas se salven (1Tim 2,4) y se salven en fraternidad multiforme, agradecidos por ser creados diferentes pero llamados a la comunión (Jn 17,21-23).

Sin embargo, esto no es tan sencillo. La multiculturalidad de nuestras comunidades supone uno de los grandes retos a los que la vida religiosa tiene que hacer frente. La vida comunitaria de por sí tiene ya sus peculiaridades y fricciones, sus complejidades relacionales o sus tensiones organizativas; cuánto más si el entramado comunitario está compuesto por hermanos y hermanas con cosmovisiones distintas, trayectorias históricas diferentes y esquemas vitales diversos. Cada persona que conforma la comunidad local viene con su mochila a la espalda, no solo existencial y antropológica, sino espiritual y formativa. La diversidad cultural es mucho más profunda que la simple generalización folclórica o la banali-

zación estereotípica de la comida, el vestido o la música. Culturas diferentes suponen otra forma de concebir la relación orante con el misterio, otro estilo a la hora de articular autoridad y obediencia, otra manera de comprender el tiempo y su concreción en un horario...¹. Por eso es tan fácil sucumbir ante ciertos riesgos que pueden ir dañando las relaciones comunitarias y mermar, en definitiva, la llamada a la comunión.

A modo de botón de muestra y sin ánimo de un análisis exhaustivo de la cuestión, permitidme que llame la atención sobre varias dinámicas insanas que desafortunadamente pueden generarse en nuestras comunidades multiculturales². Cabe destacar la casi espontánea tendencia a compararlo todo y a fiscalizar las diferencias; lo que comienza siendo una exótica aventura constatando una novedad que se antoja llamativa, rápidamente se convierte en una auditoría obsesiva cuyo único criterio para juzgar al otro es la autorreferencialidad histórica y cultural. Progresivamente se experimenta una mutua pérdida de sensibilidad que genera, en el grupo más numeroso o con mayor influencia fáctica, cierto complejo de superioridad (autoritarismo en las discusiones, comentarios sarcásticos a modo de “bromas” pesadas...) y, en el grupo más pequeño o débil, atisbos de complejo de inferioridad (victimización, desinterés y falta de compromiso, excesiva susceptibilidad...).

Esta situación puede degenerar incluso en una tendencia al segregacionismo. A modo de mecanismo de defensa ante una sensación ambiental de desamparo y adversidad, quienes pertenecen al mismo grupo cultural establecen ciertas alianzas, a veces conscientes y con frecuencia inconscientes, que provocan aislamientos y separatismos. De esta manera, la co-

munidad experimenta una dolorosa fractura subliminal y sutil que, si no se atiende con esmerado cuidado, puede terminar en divisiones lacerantes e individualismos sangrantes.

En el fondo, estas dificultades y riesgos ponen de manifiesto que, por desgracia, podemos convertirnos en verdaderos desconocidos. Y no se ama lo que no se conoce. Los juicios a la ligera, los comentarios estereotipados o la falta de empatía son manifestaciones de una carencia de comunicación profunda, algo que es cimiento del conocimiento mutuo y de la fraternidad evangélica.

En muchas partes se siente la necesidad de una comunicación más intensa entre los religiosos de una misma comunidad. La falta y la pobreza de comunicación genera habitualmente un debilitamiento de la fraternidad a causa del desconocimiento de la vida del otro, que convierte en extraño al hermano y en anónima la relación, además de crear verdaderas y propias situaciones de aislamiento y de soledad³.

Por ello, la herramienta que os propongo en esta ocasión, como ensayo para provocar la comunicación fraterna que nos ayude a conocernos mejor y conocer nuestro marco cultural, es tan sencilla como presentarnos a nuestros hermanos y hermanas de comunidad, pero de una manera nueva y más cercana. Quizás en el día de comunidad, o un día de la semana durante el tiempo de recreación (cada comunidad que elija el momento más conveniente), un miembro de la comunidad tendrá la oportunidad de presentar su “álbum existencial”, es decir, cada estampa y evento de su vida que le hace ser quien es: su familia, su aldea, las costumbres de su casa, las fiestas de su pueblo... No consiste este tiempo en dar una clase sobre so-

ciología o historia del país de origen, sino hablar desde el corazón de aquello que es importante para nosotros, aquello que conforma nuestra identidad más profunda. Lo ideal es que esta presentación esté acompañada de fotos o vídeos que nos ayuden a tomar contacto con la realidad de la que hablamos, que nos acerquen lo que *a priori* está muy lejos. Cada semana (o cuando la comunidad determine) será el turno de una persona.

Si cada hermano y hermana en nuestra comunidad nos presenta su álbum existencial, no sanaremos de un plumazo todas y cada una de las dificultades propias del *shock* cultural, pero habremos abierto la veda de esta apasionante tarea que es atrevernos a conocer el corazón del otro, atrevernos a generar dinámicas de comunión más acordes al Reino que proclamamos y atrevernos a peregrinar esperanzados desde la fría multiculturalidad a una más evangélica interculturalidad. **VR**

1 Sobre los diversos elementos que articulan la diversidad cultural es iluminador el trabajo realizado por Geert Hofstede. Como botón de muestra vale la pena asomarse a su página web: <<https://geerthofstede.com/>> y a su gran obra *Cultures and Organizations: Software of the Mind*, McGraw Hill Professional, New York 2010.

2 Para un análisis en profundidad os recomiendo: GERALD A. ARBUCKLE, “Multiculturalism, internationality, and religious life”. Review for Religious 54/3 (May-June 1995) 326-338. ANTHONY J. GITTINGS, *Living mission interculturally. Faith, culture and renewal of praxis*. Liturgical Press, Minneapolis 2010. MARIA CIMPERMAN & ROGER SCHROEDER (eds.). *Comprometernos con la diversidad: interculturalidad y vida consagrada hoy*. Verbo Divino, Estella 2022.

3 CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA. *La vida fraterna en comunidad*. Libreria Editrice Vaticana. Roma 2 de febrero de 1994. § 32.



Hijas de Cristo Rey

PATRICIA SUÁREZ

En la histórica ciudad de Granada, un 26 de mayo de 1876, José Gras y Granollers con el acto de bendición de dos pequeños locales “inauguró el Instituto”. Hacer mención de este entrañable y discreto momento fundacional, en este hoy de nuestra familia carismática, es afirmar que nuestro seguimiento se enraíza en la experiencia del Dios discreto y sencillo que reina en nuestro corazón, manteniendo vigente en cada una de nosotras la misión de hacerle reinar en otros corazones, por cierto imisión muy apasionante!

En la carta apostólica que el papa Francisco escribió, con ocasión del

Año de la Vida Consagrada en 2015, nos invitaba a “mirar al pasado con gratitud”, “vivir el presente con pasión”, “abrazar el futuro con esperanza”. A la luz de esta invitación nace este compartir sobre quiénes somos las Hijas de Cristo Rey y cómo vivimos nuestra consagración, junto a muchos hombres y mujeres, jóvenes y niños, con los que gozosamente compartimos el don del carisma recibido, desde hace casi 150 años.

Mirar el pasado con gratitud

- Por la vida de José Gras, hombre vocacionalmente enamorado de Jesucristo. El padre fundador (como

cariñosamente lo llamamos en la familia carismática) nació en Agramunt (Lérida). Anduvo varios y diversos itinerarios por la geografía española antes de llegar a la Abadía del Sacromonte en Granada, en octubre de 1866. Lejos de quedarse anclado en la segura estabilidad material y apostólica que le brindaba esta casa, animado por esa cristocéntrica pasión y la fuerte llamada que sentía para que muchos conozcan y adoren a Jesucristo, fundó primero la “Academia y Corte de Cristo”, asociación religiosa literaria que buscaba dar a conocer a Jesucristo como Rey para que así reine en el corazón de hombres y mujeres, niños y jóvenes, incluso sacerdotes y obispos. De esta primera obra nace el Instituto Hijas de Cristo Rey, con la finalidad de hacer reinar a Cristo en la familia y en la sociedad a través de la enseñanza, medio a través del cual damos cauce y visibilidad al carisma recibido.

- Por los casi 150 años de fundación que nos disponemos a celebrar como un tiempo de gracia y bendición. Esta historia no queremos mirarla con nostalgia, sino con memoria agradecida por la vida de muchas Hijas de Cristo Rey que se dejaron seducir por Jesucristo y de manera valiente, osada, generosa y alegre ofrecieron su vida a la misión de hacerle reinar en el corazón de tantos hermanos y hermanas que hoy se sienten agradecidos de ser portadores de este carisma en Albania, Argentina, Benín, Colombia, Ecuador, España, Italia, Senegal, Perú y Togo. Acción de gracias también por la semilla sembrada en lugares y países donde ya no tenemos comunidad religiosa, pero se sigue viviendo al calor del don recibido.

- Por todo ese pasado próximo, llamado camino de reestructuración,

que nos ocasionó más de un dolor de cabeza, validas resistencias y justos duelos ocasionados por decisiones que llevaron a la unión de provincias, algunas de ellas dentro de un país y otras uniendo países. Parece antagónico mirar con gratitud esos movimientos casi telúricos, sin embargo, creo que podemos hacerlo con corazón agradecido porque Dios no solo caminó en medio de nuestras luchas y consensos, dudas y certezas, sino que también acompañó sentimientos de pérdida acompasando la incipiente percepción de que algo nuevo estaba por nacer.

Vivir el presente con pasión

- Sabiendo que el carisma y la misión recibida de hacer reinar a Cristo es vigente y actual porque nuestro mundo está clamando urgentemente que sean visibles los valores del Reino. Sentimos que vivir el carisma de seguir a Cristo como Rey debemos traducirlo en un compromiso por la paz, la justicia, la verdad, la fraternidad, la hospitalidad, el perdón y la gratuidad.

- Convencidas de que la nueva configuración estructural, en la que ya no contamos con estructuras intermedias de gobierno, nos está urgiendo a crear espacios más sinodales donde sintamos que todas somos responsables de la vida y misión del instituto y no solo de la geografía más conocida.

- Desde la certeza de que somos muchos los que compartimos el carisma y la misión. El vernos como una gran familia carismática está pasando por un momento de saludables relaciones, porque el camino no ha sido fácil. Queremos continuar creando vínculos con los diferentes grupos que forman la familia carismática enraizados en el común don que hemos recibido.

- En cada uno de los diez países donde nos encontramos, desplegando la misión recibida en:

- Colegios propios y en colegios diocesanos, en estos últimos experimentamos la fuerte llamada a vivir en sinodalidad con las respectivas iglesias diocesanas.

- Escuelas Hogar y guarderías donde también nos interpela la realidad que viven muchos niños, sus vínculos familiares o la ausencia de ellos. En estos centros, como en los colegios, nos sentimos llamadas a abrir, con esperanza, las puertas a muchas familias migrantes.

- Residencias universitarias, en las que acompañamos a las jóvenes, escuchando sus inquietudes y respondiendo a sus diversas vivencias con talante cercano, cordial y propiciando experiencias de encuentro con Dios.

- Diversas obras parroquiales en las que preparamos a niños y jóvenes a recibir los sacramentos. En estas presencias también acompañamos el compromiso cristiano de personas adultas, donde nos sentimos nutridos mutuamente al compartir la vida y la fe.


Abrazar el futuro con esperanza

- Para abrirnos al camino sinodal y al liderazgo compartido deseado por todas las Hijas de Cristo Rey en el Capítulo general celebrado en julio de 2024. La supresión de provincias y delegaciones nos hizo caminar un poco entre lo nuevo, pero sin dejar lo de siempre. Por eso, queremos abrazar el futuro sintiéndonos corresponsables en el cambio que

se está gestando; creando espacios de escucha, diálogo, participación y discernimiento. La nueva configuración estructural nos lo pide y también el saber que el carisma, como don de Dios, está latiendo en nosotras.

- Para recrear, ente todas, nuestras comunidades con una mirada compasiva a la realidad social y dispuestas a reorganizarnos según la misión. Aunque los números no nos configuran sí son un elemento de discernimiento en nuestra disponibilidad y reorganización. Una forma de abrazar el futuro con esperanza es abrazar el presente con valor profético, convencidas de que esta obra es de Dios y el tiempo que vivimos también es su tiempo.

- Para fortalecer el sentido de familia carismática convencidas de que, con quienes compartimos el carisma y la misión, formamos una gran familia capaz de hacer sentir a nuestros pueblos la verdad del Evangelio y la posibilidad de hacer visible los valores del reino de Dios.

Para sabernos en camino hacia un horizonte inspirador que nos revela que nuestra familia carismática está viva, que está en movimiento y que las múltiples y diversas situaciones, siempre nos desafían e impulsan a caminar al calor del Espíritu de Dios, nutridas de la savia siempre viva de nuestro carisma, insertas en medio de nuestros pueblos, haciendo camino con muchos hermanos y hermanas y siendo portadoras de la buena noticia del Evangelio. Contamos con sus oraciones. 

Si desean dar a conocer su instituto en esta sección de la revista, pueden enviar un texto de 7.000 caracteres (con espacios) y tres fotos significativas de buena calidad a: secretaria@vidareligiosa.es



Curso de verano para seminaristas 30 junio - 13 julio. Monte Corbán (Santander)

En la *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* (RFIS) se indica que “es necesario que los candidatos al ministerio presbiteral reciban una conveniente formación sobre la naturaleza evangélica de la vida consagrada en sus múltiples expresiones, sobre su carisma propio y sobre los aspectos canónicos, en vistas a una fructuosa colaboración” (n. 119). Este año, por vez primera, se aborda este asunto en los cursos de verano para seminaristas.

María José Tuñón Calvo, ACI

DIR.^a DEL SECRETARIADO DE LA COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA VIDA CONSAGRADA

Dentro de los cursos de verano que organiza la Conferencia Episcopal Española, este año las jornadas formativas para seminaristas, que se vienen organizando desde hace años como complemento formativo en diversas áreas de la pastoral, incluyen una novedad significativa desde el punto de vista de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada y, por tanto, la vida consagrada en España.

Con clara conciencia de querer caminar y construir juntos de acuerdo al Plan Nacional de Formación Sacerdotal –“Formar pastores misioneros”– varias comisiones de la Conferencia Episcopal Española han trabajado conjuntamente para elaborar una oferta formativa. Un modo de trabajar que se viene desarrollando desde hace tiempo en la CEE, fruto del espíritu sinodal, y que se ha plasmado de modo particular en el Congreso de las Vocaciones celebrado el febrero pasado.

”

«El ministerio presbiteral,
armonizador de carismas»

Por primera vez el secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada ha participado en la elaboración de dicha oferta formativa para seminaristas diocesanos, colaborando en el primer bloque titulado «Semana de la vida y misión cristiana». En él se ofrece un acercamiento a la vida cristiana entendida como vocación y, por lo que respecta a la vocación a la vida consagrada, pone

de relieve su riqueza en la diversidad de carismas y formas.

El módulo de vida consagrada se presenta bajo este sugerente epígrafe: “El ministerio presbiteral, armonizador de carismas”. Con ese horizonte ministerial de servicio de comunión que integra a todos, se impartirán ponencias sobre el origen y el presente de las formas de vida consagrada en España (P. Antonio Bellella, cmf), las fuentes bíblicas de esta forma de vida (Hna. Estela Aldave) y su espiritualidad (María José Castejón, ex presidenta de CEDIS). Además, los seminaristas se encontrarán con las monjas de un monasterio de vida contemplativa femenina y rezarán con ellas. Igualmente se acercarán a la vida contemplativa masculina con un vídeo fórum sobre la película *De dioses y hombres* que dirigirá Mons. Fra Octavi Vilà, de la orden del Císter, obispo de Girona y miembro de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada. En estos días también estarán presentes el presidente y otros obispos de esta Comisión.

Así se tendrá un acercamiento enriquecedor de los seminaristas diocesanos de España al seguimiento de Jesucristo propio de la vida consagrada. Un camino inspirado e impulsado por el Espíritu para servir a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo, especialmente a los más pobres, y como nos recuerdan las palabras del *Documento final* del Sínodo sobre la Sinodalidad, a ser esa voz profética para la sociedad y la Iglesia y llevar el anuncio del Evangelio a cualquier rincón donde falten la esperanza o el gesto humanizador que lleve la misma presencia de Dios.

Qué bueno poder compartir con nuestros futuros pastores, y que puedan conocer y valorar la riqueza de la vida consagrada, dentro de la “asam-

blea de llamados” que formamos la Iglesia, y la corresponsabilidad que tenemos de que juntos, en la misma “barca” estamos comprometidos en la misma y única misión, extender el Evangelio, la salvación, de parte de Dios mismo, que nos ama y nos envía, a ser sus instrumentos, convocados en una misma “familia”, pueblo de Dios, que discierne caminos, formas, estructuras... para el bien común.

La “Iglesia en salida” a la que tanto nos invitó el papa Francisco, donde todos nos necesitamos y donde la aportación genuina de la llamada recibida es un “regalo” valioso e intransferible en complementariedad y “corresponsabilidad diferenciada”, como dice el *Documento final* del sínodo: “reconocer que todos los bautizados son responsables de la Iglesia y están llamados a contribuir según sus dones y capacidades, en un espíritu

de unidad y colaboración”. Porque “las diferentes vocaciones eclesiales son, de hecho, expresiones múltiples y articuladas de la única llamada bautismal a la santidad y la misión”.

Qué importante es generar espacios de escucha recíproca, de reconocimiento mutuo en los cuales cada uno tiene algo que aprender, y acoger para servir juntos mejor a los hermanos. Y visibilizar así la eclesialidad, una en el UNO, para que todos le conozcan y reconozcan como Salvador y Señor, Esperanza que no defrauda.

Todo un reto y desafío, la formación y el respeto a todos los carismas con agradecimiento al Dios-encarnado, en su Hijo Jesús, que nos llamó a estar con Él, y enviarnos como su rostro compasivo, en medio de los “descartados” y olvidados de nuestra tierra.

EJERCICIOS ESPIRITUALES DE MES

Del jueves 31 de julio al domingo 31 de agosto

Ejercicios Espirituales de mes, en silencio, siguiendo el método original de S. Ignacio de Loyola, para tener una oportunidad única y diferente de encuentro con Jesús.

Casa Cristo Rey. Cooperadores Parroquiales.
C/ Cañada de las carreras oeste 2.
Pozuelo de Alarcón. Madrid
Tel. 678.883.981 | casacristorey@cpcr.es
www.cpcr.es





Todos necesitamos una sala de lágrimas

Paulson Veliyanloor, CMF

DIRECTOR, INSTITUTO DE VIDA CONSAGRADA - SANYASA (INDIA)

Acabamos de celebrar un cónclave papal. El cónclave, con su solemnidad, sus tradiciones ancestrales, su juramento de secreto y otros elementos curiosos, es un acontecimiento que todo el mundo sigue con gran fascinación. Y uno de esos “elementos curiosos” es la Sala de las Lágrimas donde el Papa recién elegido entra para pasar un tiempo a solas y decidir sus atuendos papales. Se dice que la sala recibió su nombre porque algunos de los papas recién elegidos se han derrumbado al contemplar la enormidad del ministerio que se les ha confiado. En el cónclave que acaba de concluir, el Papa tardó casi una hora en ser presentado al mundo, después de que apareciera el humo blanco. Son sesenta minutos completos para que el Papa recupere el aliento, reflexione sobre su nueva misión, dialogue con Dios y acepte su destino. No sería de extrañar que muchos papas hayan derramado alguna lágrima en la Sala de las Lágrimas. Dicen que el papa León XIII lloró allí. Me gustaría pensar que su homónimo, el papa León XIV, también derramó algunas lágrimas allí.

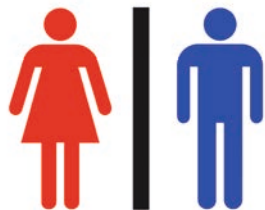
Creo que a todos nos vendría bien una sala de lágrimas. La vida moderna se ha vuelto tan acelerada que corremos como locos de un trabajo a otro, incluso en la vida consagrada. Cuando ingresé en la vida religiosa, pensé que mi vida se ralentizaría, que

tendría tiempo suficiente para rezar, jugar, leer, escribir y hacer el bien. Pero, cuando miro atrás a mi pasado, lo que veo es una actividad incesante. Pregúntate a ti mismo: ¿Cuándo fue la última vez que viste un amanecer o una puesta de sol? Sospecho que la mayoría de nosotros tendríamos dificultades para responder afirmativamente. A menudo nos vemos empujados a asumir responsabilidades que parecen superar nuestras capacidades, que nos abruman y que exigen mucho de nuestro tiempo y energía. Muchos de nosotros nos quemamos y nos preguntamos hacia dónde nos lleva todo esto. A veces ni siquiera pensamos en lo sagrado de la misión que se nos ha encomendado y la tratamos como cualquier otro negocio.

Por eso es bueno que también nosotros tengamos una sala de lágrimas. Cada vez que se nos llama a asumir un nuevo ministerio, necesitamos entrar en esta sala de lágrimas para reflexionar sobre su enormidad, sus desafíos, sus privilegios, para luchar con Dios y, finalmente, para hacer las paces con Él, y luego lanzarnos a la tarea confiando en su gracia. Como escribió Dag Hammarskjöld, el segundo secretario general de las Naciones Unidas, en su diario el 6 de julio de 1961: “Llora. Llora si lo necesitas. Pero no te quejes. El camino te ha elegido. Y al final dirás ‘gracias’”.

Una secreta simetría: el *anima* oculta de Jung

Pedro M. Sarmiento, CMF



Hace ciento cincuenta años, el 26 de julio de 1875, nació en Suiza Karl Gustav Jung (el mismo día y año en el que nacía también Antonio Machado). Jung era médico, y se convirtió en el discípulo y heredero de Freud por su contribución al psicoanálisis. Fue el fundador de la escuela de la psicología analítica.

En 1977 Aldo Carotenuto, un junguiano italiano ya fallecido, reveló un aspecto desconocido de la vida de Jung. Su libro *Una secreta simetría*, Nueva York, 1982, desvelaba las cartas de Sabine Spielrein, una joven rusa que fue curada de su neurosis por Jung, y luego trabajó con él como doctora psicoanalista y ayudante en Ginebra. Carotenuto reconoció de inmediato la importancia de una recién descubierta colección de documentos que contenía veinte cartas de Freud y muchas más de Jung. La mayor importancia de estas cartas, no fue percibida de inmediato. En realidad, estas cartas demostraban el impacto singular de Sabine Spielrein en la vida de Jung, del que estuvo locamente enamorada, y en la evolución de su pensamiento. Su participación en el desarrollo del psicoanálisis junguiano y freudiano fue decisiva: a ella le debemos la intuición del impulso de destrucción y muerte, añadido al eros del psicoanálisis de Freud. El diario de Spielrein, fragmentario pero muy revelador, cuenta la evolución de la teoría psicoanalítica, y también los entresijos emocionales de este “triángulo” de transferencias entre ella, Jung y Freud. La historia es una

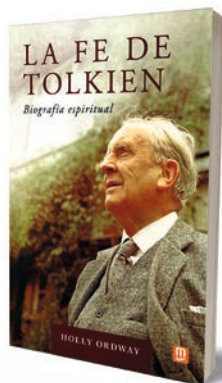
verdadera telenovela de encuentros y desencuentros, pues acabó mal, con una ruptura traumática con Jung, que ocultó su infidelidad hasta que su familia amenazó con resquebrajarse y Freud intervino poco discretamente.

Carotenuto escribió a propósito de una de las últimas cartas de Jung a Sabine: “El amor de S. por J. hizo a este último consciente de algo que antes solo sospechaba vagamente, es decir, el poder del inconsciente que modela nuestro destino, un poder que más tarde le conduciría hasta cosas de la mayor importancia”. Así, fueran cuales fuesen las contribuciones específicas de Spielrein al sistema junguiano, parece que mucho del sistema se originó a partir de su relación amorosa.

El rastro de Sabine Spielrein se perdió en Rostov, donde ejerció como pedagoga de niños y murió víctima del nazismo por su origen judío. Jung resaltó el doble principio masculino-femenino del *animus* y el *anima* en cualquier persona. Su *anima* femenina le ayudó a elaborar un sistema, aunque su *animus* fue perturbado. Pero, al final, la lección es sencilla: el amor está en la base de todo, y no hay asimetría aplicable a una mujer que fue el origen y la causa de un amor imposible y de una investigación fecunda.

Para saber más: ALDO CAROTENUTO, *Sabina Spielrein: Entre el mito y la historia*; KARSTEN ALNÆS, *La verdadera historia de Sabina Spielrein*.

Película: *Un método peligroso* (A *Dangerous Method*, 2011), dirigida por David Cronenberg.



La fe de Tolkien. Biografía espiritual

Holly Ordway

482 pp.


Mensajero, Bilbao 2024.

Hay autores a los que los jóvenes actuales no pueden dejar de agradecer el haberles iniciado en la lectura: J. K. Rowling, Suzanne Collins, John Green, y clásicos del pasado siglo como C. S. Lewis y, por supuesto, John Ronald Tolkien. Tolkien, universalmente conocido por ser el autor de *El hobbit* (1937), la trilogía de *El Señor de los Anillos* (1954-1955), y *El Silmarillion*, (publicado póstumamente en 1977 por su hijo Christopher), es un clásico que sentó las bases de la fantasía contemporánea.

El presente volumen, de la catedrática de Wisconsin Holly Ordway, es un extenso ensayo para comprender la unidad entre la vida y obra de Tolkien. Un libro apasionante, tanto por la cantidad de datos que aporta sobre la biografía del autor, como por la búsqueda permanente de los horizontes y el trasfondo religioso desde los que Tolkien hizo surgir su obra. Si preguntáramos a los lectores de Tolkien si es un autor católico, o explícitamente religioso, encontrar la respuesta, posiblemente, supondría una dificultad. Este libro, en el que la autora une el itinerario biográfico de Tolkien con la obra y con su fe, presenta la tesis de que la fantasía de Tolkien, pretendidamente no confesional, es ininteligible sin el soporte de su espiritualidad católica, mantenida durante toda la vida.

Tolkien, en una cita muy célebre, se definió como “un hobbit (en todo menos

en el tamaño)” y los hobbits son una visión utópica, siempre amenazada de desaparecer, pues un hobbit “vive a menos de una jornada de ciertos enemigos que le helarían el corazón o devastarían su pequeña aldea”. La fantasía de Tolkien es un antídoto de supervivencia para todos aquellos que, de una u otra manera, nos sentimos amenazados alguna vez, y creemos en un mejor mundo posible.

La espiritualidad de Tolkien era constante y profunda, estaba marcada por la devoción, la oración y la eucaristía, pero Tolkien no era un beato. Su intensa biografía muestra a las claras cómo luchó para mantenerse, desde el inicio de su infancia, como un católico ferviente en un mundo no siempre favorable. El influjo de la espiritualidad oratoriana inglesa fue decisivo para Tolkien. Tuvo un “padre” oratoriano, Francis Morgan, albacea de su madre y tutor de sus hijos, que se hizo cargo de su educación inicial. La corriente del cardenal Newman marcó a Tolkien desde el primer momento. Para Newman la inmovilidad absoluta no era una característica propia de este mundo dado que, como dice la Carta a los Hebreos “no tenemos aquí una ciudad permanente (Hb 13,14)”. Tolkien diseñó otros mundos no para escaparse de este, sino para afrontar la poesía de la fe y el sentido en el horizonte de la fantasía. Un libro imprescindible para los que siguen transitando por la Tierra Media. 

Pedro Manuel Sarmiento, cmf.



AULA DE **INTERNOVICIADO**

Curso 2025 | 2026

UN PRESENTE QUE MIRA AL PORVENIR



Una experiencia **intercongregacional**

Un ambiente **intercultural**

Una oferta **interdisciplinar**

Un programa en dos años **interactivo**

Profesorado competente e **internacional**



OFERTA BIMODAL

Información e inscripciones: C/ Juan Álvarez Mendizábal, 65 dupdo. | 28008 Madrid

+34 91 540 12 73 | whatsapp +34 626 278 077 | secretaria@itvr.org | itvr.org



Acompañamos a las instituciones religiosas
en la creación de planes estratégicos,
evaluación de viabilidad,
definición de políticas de inversión
y cálculo de patrimonio estable.

Aura Investments

CONSULTORÍA PATRIMONIAL
INDEPENDIENTE PARA
INSTITUCIONES RELIGIOSAS Y
ENTIDADES SIN ÁNIMO DE LUCRO